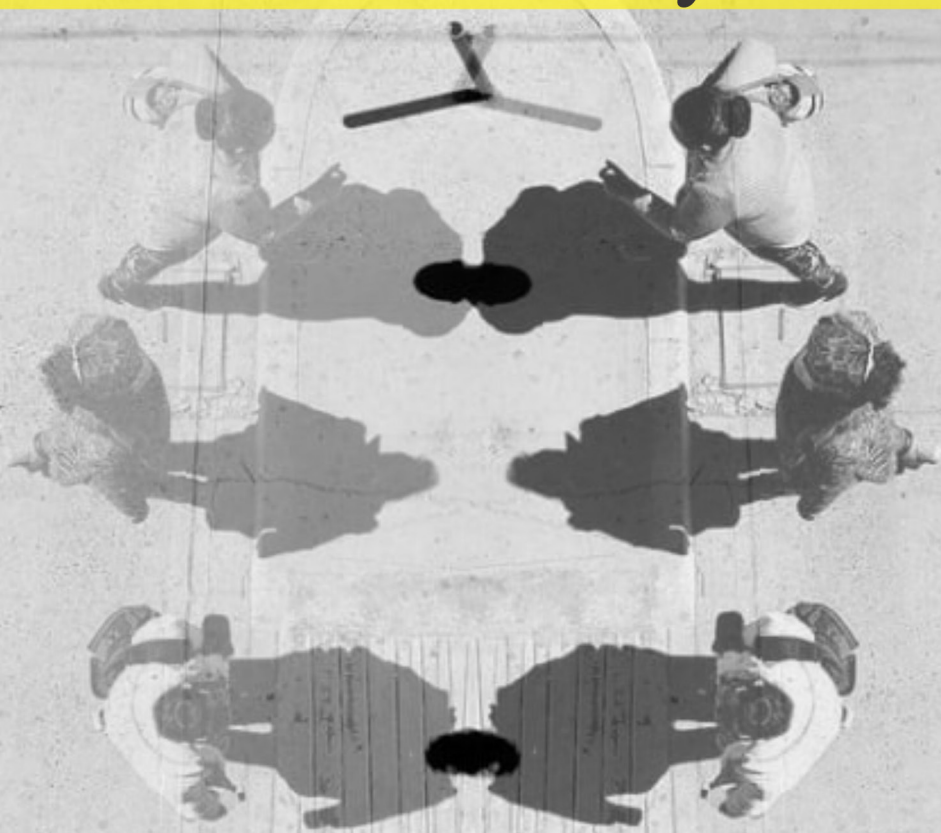


Abelardo Loya

APRENDIZAJES



 EDITORIAL
UPNECH

APRENDIZAJES



APRENDIZAJES

Abelardo Loya

1a. Ed.

Chihuahua, Chih., México. UPNECH 2021

138 pp. il.: 21.59 x 13.97 cm

ISBN: 978-607-99239-5-2

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

Pedro Rubio Molina
RECTOR

Ramón Holguín Sánchez
SECRETARIO ACADÉMICO

Fernando Soto Molina
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

1a. EDICIÓN 2021

Diseño: Martha Idaly Retana Reyes
Fotografía en portada: Arturo Gutiérrez Lozano

Este libro fue dictaminado favorablemente para su publicación a partir de su participación en la convocatoria “Publica tu libro 2021” de la editorial UPNECH bajo el proceso de dictaminación doble ciego.

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema “multigraph”, mimeógrafo, impreso por fotocopia, fotoduplicación, digitalización, etcétera, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada. Queda hecho el depósito que previene la ley.

© 2021 Abelardo Loya.

© 2021 Universidad Pedagógica Nacional del Estado de Chihuahua
Calle Ahuehuete No. 717, colonia Magisterial Universidad
CP. 31200, Chihuahua, Chih. México.

ISBN: 978-607-99239-5-2

Hecho en México - Made in Mexico

APRENDIZAJES

Abelardo Loya

CONTENIDO

Prólogo	9
Presentación	11
Los problemas del cemento y la arena	15
Las tablas.....	23
La electricidad.....	29
El agua.....	35
El regreso a casa.....	41
La carrera.....	49
El estudio para enseñar.....	57
El juego ciencia	67
El segundo cuento.....	75
El fin de los números	85
El mejor maestro.....	91
El nadador.....	99
Los que se fueron.....	105
Licha	113
Ludivina.....	117
La caja misteriosa	121
Locura literaria	127
¿Cómo hacen los pájaros?.....	131

PRÓLOGO

Este libro no fue concebido como novela, narración, biografía, ni poesía o reporte de trabajo para una institución; es mínimamente un proyecto para la familia. Puede resultar significativo para alguien sin ser ese el objetivo, porque refleja un poco el sentir de más de una persona, que al hallarse identificada con la narración; parezca que explota esa característica de la historia de vida.

Tiene un lugar específico y un tiempo determinado en donde ocurren los aprendizajes, pero no está ordenado cronológicamente y aunque menciona nombres muy reales, fueron cambiadas sus identidades para proteger el sentimiento de cada miembro del equipo de protagonistas de las historias contadas. Está basado en la vida de un sujeto real y es un homenaje a otro que también fue real, pero del que se escapan muchos eventos que por sí mismos serían suficientes para su propio libro y que no se desarrolla por la incapacidad del autor de haber vivido esa vida y porque la interpretación es sobre una parte muy pequeña de la relación que existió entre el equipo familiar que lo protagoniza.

Aunque habla de personas y hechos puntuales, no me atrevería a suponer que los describe, ni siquiera parcialmente; porque como mencioné, son ligeras apreciaciones subjetivas de tiempos de relación, que se recuerdan bajo la carga sentimental que circunstancialmente el propio autor estaba viviendo.

Es absolutamente parcial, porque trata de un adolescente y su manera de percibir las cosas y es inexacto, porque los protagonistas están sujetos a la perspectiva del que escribe, pero además, es tendenciosamente sentimental porque busca interferir en la forma de sentir de los que lo lean, por la sencilla razón de que puedan identificarse con el que cuenta o con el que protagoniza cada aprendizaje.

Está escrito para la familia, pero puede darse el caso de una coincidencia con la forma en que todos aprendemos; puede ser el reflejo de una cultura en un periodo muy acotado y en un lugar perfectamente conocido por los lectores e incluso, puede reflejar un perfil psicológico de una etapa del desarrollo humano, y hasta puede parecer la historia de muchos, pero su objetivo tiene que ver con una memoria selectiva de hechos románticos.

Quien lea este instrumento de recuerdos puede alegar que no sucedieron como se exponen, que los protagonistas están cambiados y que está cargado de subjetividades, pero nunca que no existieron, es decir, que la primera impresión que se llevarán es que sí ocurrió pero que falta por contar, que están los principales, pero que omití a otros y en última instancia, que está incompleto.

Así que con la seguridad, de que quien lo lea estará buscando descifrar su participación porque es para la familia, y porque convengo en que la familia se extiende hasta nietos y bisnietos e incluso amigos muy cercanos, es muy pretencioso suponer que le gustará a un par de los que lo tengan, pero como la intención es que exista un “sí me acuerdo de eso”, con eso estará cumplidamente pagado el esfuerzo para escribirlo.

Además, una vez que expresaste lo que sientes, ya no es tuyo, la gente hará con ello lo que quiera y por si faltara algo, sé que demasiadas palabras inundan nuestra vida, como para que el lenguaje escrito tenga un efecto auténtico y duradero por siempre, en todos, de la misma forma, así que... sí, lo escribí para mí.

PRESENTACIÓN

En el año de 2013 mi edad era de 49 años, había terminado el Doctorado en Educación en la Universidad de Durango en Ciudad Juárez y como tesis de grado estaba tratando de probar una forma de enseñanza-aprendizaje de la Ecuaciones Diferenciales (E.D.). Todo el proceso de estudio y la experiencia acumulada como maestro de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y las amistades conseguidas, me habían impulsado a publicar un libro sobre ese tema.

La Editorial Española, con sede en Alemania, a instancias de una recomendación de Sergio Flores, Dr. en Física y maestro de alto nivel en la UACJ en el Instituto de Ingeniería y Tecnología y en la Universidad de Texas en El Paso, me recibió el manuscrito y en poco tiempo sacó la edición sencilla del libro, que nunca comercialicé ni promoví mayormente.

Esa publicación, sin embargo, marcó mi vida tanto como el origen del propio libro y de lo que hoy cuento para mi reducido número de lectores: mi familia, mi hijo y dos o tres alumnos del programa de educación, que atiendo en mi último empleo formal, la Universidad Pedagógica Nacional del Estado de Chihuahua.

A pocos meses de tener en mis manos ese libro de E.D. surgió la idea de presentarlo y la primera opción quedaba en donde se reuniera más gente, yo podría reunir

alumnos y compañeros maestros, pero mis hermanas reunían amigos y personas afines. La decisión fue, que un público más amigable sería el que reuniera mi familia, aunque saliera de mi zona de influencia. En ese momento yo vivía en Juárez y mis familiares en Nvo. Casas Grandes.

Se corrió la invitación en la tierra donde viví la primera parte de mi vida y donde ya pocos amigos quedaban para ofertarles algo de lo que yo era, lo más complicado era que pocos matemáticos estarían invitados a escuchar la presentación de un libro de matemáticas, y por si fuera poco, para especialistas de nivel avanzado en la materia. Y sin embargo, fue un éxito.

El extraordinario equipo formado por hermanas y hermanos, realizó una invitación persona a persona y promovió la asistencia, con la atención de un vendedor tesonero y de un compromiso, solo motivado por el amor que me tienen, invitaron (comprometieron) a cada amigo, compañero y familias y no sé si hasta pagaron porque asistiera toda la gente que abarrotó el salón de la histórica estación del ferrocarril, en pleno centro de la ciudad.

Asistieron en primera fila los de la familia, en segundo lugar los amigos y ya no había lugar para más asistentes, ningún especialista en E.D. pero todos animados por la buena voluntad de ayudar. Ninguno compraría un libro como el que yo presentaba, pero ahí estaba todo un auditorio para mi lucimiento profesional, creo, es más, que era para darle una felicidad a mi madre, a quien colocamos justo al frente de los asistentes, muy bien acompañada por un par de sus mejores amigas de toda la vida.

Si en ese momento no estuvo claro, hoy a la distancia lo encuentro hasta lógico, no era la presentación de una obra del estudio, sino un pretexto de los que me quieren, para sentir orgullo por logros de vida y para unirlos en una actividad diferente a las que en familia, estábamos acostumbrados a llevar a cabo alrededor de la casa materna.

No sé quién organizó a la familia en Casas Grandes, aunque lo sospecho con mucha seguridad de saberlo, pero hubo sonido, adornos, refrigerio y orden además de la plática forzada a la sencillez, por el tipo de público asistente, creo que fue más difícil de lo que pensaba porque el tema era E.D. para investigadores y mis oyentes se conformaban de todo, menos de matemáticos, si acaso de un buen grupo de profesores de educación básica.

Teniendo material para explicar las Ecuaciones Diferenciales Ordinarias (E.D.O.) a los expertos de un reciente congreso de Física y Matemáticas, al que había asistido recientemente en la ciudad de N.Y. en EEUU, en la Universidad de KODAK, me vi ante una masa amorfa de caras entre orgullosas e incrédulas, que la pregunta más profunda que podían lanzarme era ¿Para qué sirve una E.D.O.? Pero a la vez la más difícil de responder, por el tipo y cantidad de asistentes.

Es la razón por la que usé un material explicativo del origen de las ideas del libro y no del producto de una investigación sobre E.D., es la razón por la que hice, sin proponérmelo, un homenaje a mi padre y a la historia de mi vida y es así, que me salió más bien un agradecimiento a la familia que una prueba de hipótesis sobre matemática y lo mejor de todo, es que las muestras de respeto, cariño y admiración fueron mayores que si mi tesis hubiera sido probada y anexada como ciencia. Cuestión de alto nivel científico.

LOS PROBLEMAS DEL CEMENTO Y LA ARENA

Mi padre trabajaba en lo que fuera pero era un especialista en lo que hacía, yo era el ayudante estrella aunque no servía para mucho. Hacíamos buen equipo pero muy forzado, el gastaba mucho de su tiempo en decirme qué y cómo, y yo gastaba mucho de mi tiempo en hacerme el remolón. La jornada empezaba cuando apenas amanecía y para levantarme me hacía aquella mortificante pregunta de todos los días:

—Hijo, ¿ya te despertaste?

Oscura la mañana me llevaba a la cocina, en donde él desayunaba un ponche de huevo con coca cola, mientras mi madre preparaba el lonche del día, compuesto por burritos de frijoles, hechos de las tortillas de harina jamás igualadas en sabor y olor, y que para variar, yo comía en el camino al trabajo o acaso al llegar, pero nunca más tarde, es decir, que no almorzaba en la cocina sino al salir de ella.

Mal me vestía y nunca me miré al espejo, ni me peinaba; cuando ya era la hora de empezar esas jornadas casi iguales; subir la carrucha, alistar las palas, el martillo, la cuchara, la pata de chiva y el nivel; debe haber habido más cosas pero esas eran infaltables, digamos que era el encargado de la herramienta, aunque por mi edad, yo no podía subir la carrucha al carro Ford 57, de Batman pero verde, en el que nos trasladábamos al lugar de la obra.

Fui ayudante desde siempre, pero me acuerdo especialmente cuando estaba en quinto grado de la primaria, en el turno vespertino de la Escuela Rodrigo M. Quevedo, de la Colonia Obrera. Entraba a la una de la tarde, así que mi jornada de trabajo era de 5:30 hasta las 12:30 para correr a casa a bañarme, (muy rara vez), comer y correr a la escuela para la jornada educativa de una a seis de la tarde.

No hacía mucho trabajo pero muchas horas sí, jugaba buena parte del día porque yo no tenía contrato, ni recibía sueldo, lo cual me permitía dedicarme a estar presente para recibir órdenes pero a viajar en la imaginación a través de los materiales de la obra que estuviéramos haciendo, de tal manera que el montón de arena no era elemento de trabajo sino montañas peligrosas con cuevas insospechadas por cada punto cardinal; no había adobes sino edificios enormes apilados con inclinación inexplicable, no había bultos sino escaleras blandas; no era trabajo, era diversión.

No sé por qué pero la obra, el trabajo, siempre estuvo cerca de la casa, será que entonces ninguna casa estaba lejos y todos los trayectos eran bastante cortos; tampoco entiendo cómo en tantas casas tan diferentes, mi padre albañil, hacía el mismo piso, las mismas paredes, el mismo enmezcle y la misma banqueteta; incluso ahora, después de estudiar sociología, no me queda claro cómo la cultura humana nos empata en formas y cosas según el tiempo y el lugar.

Haciendo cuentas, la cantidad de cemento y arena utilizados por el equipo familiar bien puede haber cubierto hectáreas cuadradas de esa tierra donde vivimos tantos años, no es exagerado si hablo de toneladas de cemento y cientos de metros cúbicos de arena y por tanto no es fatuo decir que esas cantidades me enseñaron matemática de origen, nunca supe ni siquiera hoy, el componente químico del cemento ni la resistencia de materiales, pero en su lugar utilizamos la experiencia para diferenciar las clases y mar-

cas de cemento y su diferencia con el mortero, los costos y rendimientos del tipo de yeso que usábamos y los concentrados para pegar azulejo.

El tiempo de mi padre en esta actividad fue desde que me acuerdo hasta casi el tiempo de su muerte; el mío, apenas del fin de la primaria hasta el fin de la secundaria y esporádicamente en vacaciones de mi formación como profesor en la Normal del Estado de Chihuahua, aproximadamente unos 6 años; sin contar con edad universitaria asistí a una carrera profesional en albañilería global y sin apenas darme cuenta, aprendí a construir una casa de inicio a fin, con todos sus servicios y pude haberme desempeñado como albañil general pero apenas me alcanzó para ser profesor.

Mi padre no tuvo gran cosa de escuela pero la tenía en gran estima, no hubo un solo día, por muy apurado que estuviera, en el que me indujera o solo insinuara que yo no asistiera a mis clases, es más, esperaba que yo diera muestras rápidas de lo aprendido en cada turno y me cuestionaba y casi exigía los productos del tiempo invertido en la matemática y en la historia preferentemente. No me encargaba tarea de mi asistencia a clases pero cada día me atacaba certeramente: —¿Qué aprendiste ayer? Y cuando le daba la respuesta decía, —¿Y eso para qué sirve?

Lo nuestro era una relación ni fría ni caliente, bastante técnica y sobre todo muy directa:

- ¿Qué te encargué?
- ¿Hasta dónde hiciste?
- ¿Qué sigue?

Y en los intervalos juego en solitario y esporádicas órdenes específicas a las que siempre estuve atento por mi propio bien. Nunca me pegó pero conocí muy bien su molestia, no me avergonzaba delante de la gente pero supe de su seriedad acusadora y siendo buen psicólogo, no me trató mal, pero entendí sus decepciones por mi causa.

Aunque no era muy cariñoso, cosa que me gustaba mucho porque no me empalagaba con cariños y abrazos, sé positivamente que sentía un orgullo mal disimulado por las cosas que yo hacía. Cuando los patrones le preguntaban sobre mí, decía sin recato que yo era su hijo, que era muy inteligente, que estudiaba para científico y que era muy trabajador. Desgraciadamente lo único cierto hasta ese momento, era la paternidad que profesaba con sencillez y eso solo mi madre podía asegurarlo de mejor manera.

El cemento fue, pues, el inicio de mis problemas y también de mis éxitos en la propia escuela, mi padre esperaba que la multiplicación y la división le resolvieron sus tanteos en cada piso que vaciamos y en los que yo estudiaba y practicaba.

Medía por pasos, tanteaba por paladas y resolvía por ensayo y error, más de una vez lo comprobé:

–8 sacos de cemento y 480 paladas de arena para el firme y 2 sacos para el fino, lo empezamos a las 6 de la mañana y lo terminamos a las 12 del mediodía, cobramos de mano de obra, la mitad de lo que se gasta en material y se entrega ya pulidito y fraguado–, y así salía. Era puntual, serio en sus tratos y muy celoso de su deber, creo que era japonés o algo así, porque no se quedaba con ninguna cosa que no fuera suya.

Por eso cuando le informé, a pregunta expresa, que sabía sacar el volumen de un recipiente y me preguntó: –¿Y eso para qué sirve?, supe que me había atrapado para siempre, cometí el mejor de mis errores, le dije que sacar volúmenes era encontrar lo que cabe en un espacio medido en sus tres dimensiones y tras un poco de comentarios, corrigiéndome comentó –eso es cubicar– y yo, ya en la trampa presumí, sí, eso es: y todo cambió para mí y también para él.

El cuaderno de cuentas ya no fue a la escuela y se quedó en ella, volvió al trabajo y se agotó día tras día en las multiplicaciones y dibujos de delgadísimas cajas que repre-

sentaban los pisos, inicialmente me equivoqué solo una vez y ese error permitía ciertos descansos y correcciones que me hacían respirar, pero aun hoy no he logrado descifrar sus variables y precisar su veracidad total. Me equivoqué solo una vez y aun no salgo del error.

Yo tomaba medidas en centímetros, y el volumen lo obtenía en centímetros cúbicos (cm^3) y nos traían la arena por yardas, convertía cm^3 en metros cúbicos (m^3) y el cemento lo vendían por kilos, llegué a contabilizar los botes de arena que se contenían en un m^3 y el batido de yardas, kilos y litros de agua mandaban al traste toda mi ciencia del cálculo matemático.

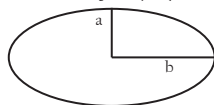
Estuve a punto de renunciar a los cálculos que comento, cuando mi padre, desesperado por ver que eran mejor sus tanteos que mis cuentas, le preguntó al contratista de la obra de ese momento, un ingeniero civil, sobre la forma de hacer ese ejercicio sin que le anduviera faltando material y el *inge* le dijo:

—Hay que estudiar ingeniería Don Chuy, y sin solucionar nuestros problemas nos sugería realizar 10 años más de escuela, para regresar a no hacerlo él, porque se lo encargaba a los albañiles bajo su cargo. Mi padre me animó con lo que dijo en voz baja, como si solo lo pensara: —No sabe el recabrón, es lo que pasa.

Casi todos los pisos son rectangulares o cuadrados pero un buen día ocuparon a mi padre para fortificar una escalera de caracol, en donde había que vaciar el firme de la base y para mis pesadillas no era circular, era ovoidal y mi padre estaba en problemas, y yo peor, porque para entonces yo avanzaba en mis precisiones pero no en mi ciencia. Mi maestro de matemática de secundaria, me estaba enseñando sobre volúmenes de muchos recipientes, todos eran cuando mucho cilíndricos y yo le preguntaba sobre aquel huevo planchado.

Recuerdo que era viernes y mi padre, temprano, cosa increíble, despachó a los ayudantes y se sentó conmigo a resolver el problema del huevo planchado, por primera vez fui testigo del razonamiento humano, con uso de la inteligencia, vi la concepción intuitiva de límites por superposición y me asombró ver como se acercaba a una solución. No satisfecho porque no quedaba claro el proceso nos fuimos tarde a casa, el sábado regresamos a preparar el vaciado y no fue cosa difícil terminar aquello, pero faltó sábado para seguir haciendo cuentas, dibujos y tanteos. Llegó el domingo y mi padre estaba poseído por el espíritu del cálculo. Años más tarde me pasó lo mismo con el ajedrez y con otros eventos de mi vida.

Con esa tarea pendiente llegamos a casa en donde teníamos, de Yedo, mi hermano, como material de venta, una enciclopedia roja de Grolier, roja como el mejor de mis recuerdos, en un apartado de matemática me encontré la fórmula y el dibujo (radio mayor) (radio menor) (π)



Calculé el área de la elipse y luego multipliqué por la altura, toda una proeza. Para ese tiempo ya tenía conversiones, cálculo de volúmenes y tanteo del batido de cemento, arena y agua por cada pie cúbico, metro cúbico y hasta la cantidad de varilla por metro de vaciado.

Entonces mi vida cambió, ya tenía un pleno ejercicio de mis labores y una especificidad en mis obligaciones, llegué a ser el acarreador de las herramientas, el mandadero de todos, el limpia de todo, pero y por sobre todo lo demás, el calculador de materiales de la obra, o sea que era el mismo bicho pero con una asignación creciente de confianza en el tanteo de medidas y costos, cosa muy útil para mi padre y bastante molesta porque quise meter mi cuchara en tratos que realizaban entre adultos y ya no era tan agradable.

El cemento me dio la oportunidad de ensayar cuentas y operaciones que mientras más realizaba en el trabajo más puntos me daba en el salón de clase, parecía que estudiaba en el trabajo para que me fuera bien en la escuela, hice llenado de botellas de refresco con mezcla de cemento para calcular volúmenes y cantidades y desde entonces resistencia de materiales aun sin saberlo.

En alguna ocasión fuimos a realizar una obra en la que teníamos que levantar una barda de adobe y construirle ocho pilares que sirvieran para un techo de lámina en el cual se instalaría un taller mecánico. Nosotros comenzamos con las zanjas para el cimiento de la barda y habiendo *escuadrado* el terreno comenzó la escarbada. Yo llené un recipiente de capacidad de dos litros aproximadamente, con un cemento que estaba acumulado de tiempo atrás en un confín del terreno y repegado a la pared de la casa del dueño de la obra.

Por supuesto que me regañaron por oficioso pero para el segundo día, ya con las formas puestas para el cimiento y con la varilla armada, casi por contar paladas de arena se requirió de algo con que echar agua de un tambo de 200 litros a otro recipiente y lo único a la mano apuntó a aquella vasija en la que vacié mezcla de cemento. Cuando desocupé recipiente vimos mi padre y yo que el cemento se desmoronaba, le comenté al propietario que el cemento estaba *volado* y que había que traer otros sacos. Mi padre no quiso usar ese cemento para hacer el cimiento y los pilares pero no hubo acuerdo con el dueño y fuimos despedidos.

Después de algunos años supe que mi padre era muy amigo del dueño de esa obra, yo estaba de regreso en casa tras unas vacaciones de la Normal y fui a ayudarlo en la construcción de una barda para rodear el terreno de un yonque. Ese hombre que les cuento es o era el Dr. Lester, con quien mi padre hizo hasta una pequeña sociedad que prosperó un par de años. En una tarde en la que ellos se juntaban a platicar y tomar cerveza salió a la plática lo del

cemento volado y el propio doctor me abrazaba como agradecido de aquel evento con su inicial taller mecánico.

Dijo que construyó y que en muy poco tiempo los pilares empezaron a desmoronarse hasta verse la varillas y que poco a poco se notaba como el armado metálico cedía al peso del techo, que finalmente él vendió esa casa y todo lo construido y que hasta lo vendió muy barato para instalarse junto a la carretera que da a la salida del Valle donde puso su negocio de yonque. Camino al Tecnológico de Nuevo Casas Grandes (N.C.G.) aún se encuentran las bardas que en esos tiempos fueron levantadas por mi padre.

LAS TABLAS

El pensamiento matemático tiene algún origen que lo potencia y creo, debe tener algún otro que lo inhibe, yo he de haber tenido de los dos porque algún tiempo me repelía casi cualquier cosa de ese campo y a partir de mi ayudantía con mi padre, la acumulación de experiencias era también un incentivo para realizar un nuevo ejercicio de cálculo numérico y de seguridad intelectual. Si tenía un freno psicológico por condición económica, si me sentía incapaz de cierto esfuerzo físico o si encontraba barrera, técnicas para el arte y la relación social, un proceso de control interno me posicionaba como dotado de facilidad para la matemática.

Lo sentí muchas veces cuando calculaba y fallaba pero tanteaba y me acercaba a la solución de un problema tan real como la respuesta a la pregunta: ¿Cuánta madera se necesita para...? Vale decir que sin importar mucho que yo me sintiera bien en este ritmo de vida, cuando se hacía presente la pregunta que ya mencioné, era un momento de motivante tensión y lucha interna, con un tanteo intuitivo pero muy certero, mi padre ya tenía la respuesta pero me ponía nuevamente a prueba.

Cada problema representaba el mismo patrón de procedimientos pero nunca era igual, iniciaba con preguntas absolutamente básicas pero incluían tipos diferentes de material, todas involucraban área por cubrir pero las

medidas variaban irremediablemente, en todas me daba la oportunidad de calcular pero siempre comparaba resultados numéricos con trabajo terminado. Aunque no quisiera sentirme presionado, estaba en una práctica inacabable de nuevas cuentas matemáticas.

Fue con mi padre y en épocas muy tempranas de mi vida, que escuché los límites como concepto y fue en ese tiempo que mi labor consistía en optimizar material, dado que en muchas ocasiones a él le daban el dinero para comprar la madera, no podía darse el lujo de que sobrara material ya que repercutía en sus propias ganancias y era entonces que descansaba en mis cálculos su propio tanteo, con el apercebimiento de que: “más vale que sobre y no que falte, pero que no sobre más de pie de madera porque tú la pagas”.

No importa que no fuera cierto, realmente nunca pagué nada, ¿de dónde iba a hacerlo?. Yo entendía la satisfacción de ambos cuando la obra se entregaba y todo estaba en orden. Saber que la madera puesta con cada clavo utilizado, los cortes necesarios y el armado del rompecabezas coincidía con el dibujo inicial y los números utilizados, era la sensación de orgullo más abrazadora que se pueda conseguir en un resultado congruente.

Me equivoqué muchas veces y me dejó cometer el error, me daba sentimiento incluso hasta de lágrimas porque no atajaba el golpe, pero luego me permitía descifrar el error y me aventaba otra vez para que me estrellara de nuevo y así una y otra vez hasta que le renunciaba y me abatía derrotado. Luego recomenzaba el tormento y me regañaba fuertemente pero no sobre las fallas numéricas ni sobre el error material, sino sobre la debilidad de espíritu y sobre la sensación de derrota. Nunca, pero nunca debes darte por vencido. Hay que tener valor civil, decía, y de nuevo al cuaderno.

No hay que hacer alarde de que todo sabemos y podemos, incluso si podemos; pero tampoco demostrar

nuestra incapacidad con lágrimas, la incapacidad es inculcable pero la serenidad y la fuerza para vencer los obstáculos brilla en los ojos, y al mismo tiempo, la serenidad y la dedicación lo hace a uno capaz. Es válido decir: “No lo sé aún”, pero si otros lo saben yo puedo aprenderlo, es válido decir: “No lo he hecho aún,” pero si me dan tiempo lo tenderé para otro día.

Es curioso, lógico pero raro, que una casa que tiene 100 m² de piso (de sombra decía mi padre) cuando hay que ponerle el techo, se gaste 1/3 más de material para construir esa sombra, y digo que es curioso porque el dueño de la casa ve el techo desde abajo y el constructor lo ve desde arriba, el que paga no ve claramente los alerones y salientes y el techo corre peligro con ellos, en percepción de la realidad resulta subjetiva con nada más que este ejemplo de la vida real.

Estas mismas experiencias me dieron (ya de viejo) la perspectiva de la complejidad en tanto que se arma la base de una casa y la tapadera de la misma. Haciendo un piso vi que se rellena el área para emparejar, se pone el firme y luego se agrega el chapalco y el usuario pisa la tercera capa y en ella soporta todo el peso de su comodidad, el techo en contrario tiene el aislante, el piso y el cielo, y el usuario sostiene su seguridad ante los fenómenos naturales viendo a la capa última solamente.

Hacer los tanteos para construir un techo, desde el empirismo experimentado, tiene un enorme valor en nuestra cultura. Tiene su gracia que durante muchos años se hicieran viviendas por millares y su estructura, edificación y uso contara más con la intuición y la experiencia heredada, que con cálculos sencillos y aplicación científica de variables estudiadas con esmero y detenimiento. Tiene su parte de enorme admiración que un hombre pueda edificar, de nada a total, el lugar donde ha de vivir.

La especialización del trabajo le solucionó muchas dificultades al ser humano, pero también lo hizo más de-

pendiente por las cosas ignoradas, lo hizo más efectivo en pocas cosas pero más incapaz en muchas y, esa condicionante dialéctica de la realidad social, no era del agrado de mi padre y luchaba a diario por saber todo lo que había de lo que hacía y, no debemos extrañarnos cómo hacía trabajos de mecánico arreglando un motor o pusiera una instalación eléctrica, cambiara para hacer trabajos de fontanería y tocara casi cualquier instrumento musical de nuestra cultura.

En el manejo de la madera me enseñó a mover una pila de tablones de 2x8x10 de un lugar a otro, yo solo, sin cargarlos, con el uso del movimiento ondulatorio, (pura maña decía él) eso era física y yo no lo sabía pero ni él lo sabía y eso era lo extraordinario. Aun me asombro de poder hacer cortes de un madero, perfectamente escuadrados y su triángulo de 3, 4,5 con el uso del teorema de Pitágoras y sin siquiera ser consciente de que lo usaba.

Debo decir que él hacía y yo veía pero desgraciadamente, por mi inmadurez, se me escaparon muchas de las cosas que, estando a mi alcance no hirieron mis sentidos y fui ciego a sus métodos. Construyó partes, hizo herramientas, usó artefactos que no conocía y se dedicó con esmero, en su sencillez teórica pero en su ingenio pre-claro a realizar mejoras o reemplazos de cuanto estaba a su alcance, muchas veces de manera burda pero siempre creativa y funcional.

Hacía el marco para la puerta y la puerta, ponía la preparación para una escalera y la escalera, hacía el baño con su espacio para la tina y la tina, hacía la preparación para el calentón y el calentón, todo de manera natural y espontánea. Si necesitaba el tubo de la estufa hacía el tubo o construía la chimenea, era un ser creativo y sencillo, además cobraba barato como trabajador pero con toda la dificultad para ganar el dinero, completamente proveedor de la familia. Fuimos 8 hijos vivos que salimos adelante.

Descargaba en mi persona su necesidad de calculo teórico y en ese proceso de descargo puedo decir que no

era tanto la necesidad de un ayudante, sino la previsión de mi formación científica, de las cosas por estudio y no por golpes de la vida, asumo que mi padre problematizaba el uso y medidas de la madera no por no saber, sino porque yo aprendiera aplicando la escolaridad que ya avanzaba en mí. Lo vi preocupado porque diciendo que yo era bueno en la escuela, él no encontraba los avances de mi estudio en la solución de algo tan simple para sus métodos.

En un alarde de experiencias y creatividad, sin conciencia plena de la base teórica que lo esclarecía, de tiempo en tiempo fui tocando a Pitágoras, en tres o cuatro aplicaciones de sus históricos teoremas, a Descartes en su ubicación geométrica de los puntos en un plano, a Hook y la ondulatoria de los resortes y poco a poco avanzando en teoría que embonaba perfectamente en la práctica de sus construcciones sencillísimas.

LA ELECTRICIDAD

En mi juventud no aprendí electricidad, aprendí a poner la luz a las casas, a conectar focos, tomacorrientes y apagadores. Parece cosa menor pero no lo es, en tanto que, estudiando ingeniería en el cuarto semestre de la carrera de Computación, comencé a resolver problemas de elementos de electricidad con Ecuaciones Diferenciales (E.D.). Las resistencias, transistores, condensadores y motores eléctricos presentan una buena cantidad de aplicaciones para E.D., mucho se me hubiera dificultado si no tuviera la idea de un circuito en serie, en paralelo, en fin de algo de electricidad.

Quemé un par de focos de 12 *volts*, antes de saber que la corriente de los hogares que alambramos tenía 110 *volts* y que la resistencia que los ilumina tiene una medida para cada tensión. Cada vez que trabajamos en una casa poniendo el alambrado para la electricidad, me tocó acercar la batería del carro al lugar en donde quedaría el medidor y hacer la conexión de *corriente y tierra* a los cables de la caja de fusibles.

Conectada la batería a la caja de fusibles recibí la orden de traer *El probador*, una docena de veces o más, traje el probador y solo era un *socket* con un foco y sus dos alambres pelones a una medida de 30 cm, colocaba los dos cables en cada tomacorriente y el foco se encendió, luego me trepé a los cables de las portalámparas y conectaba el probador:

—Enciende está bien, no enciende active el apagador y, si prende está bien, así hasta terminar toda la instalación.

La única indicación, incluso con regaño, fue: “No toques los alambres pelones porque te da un cabronazo”. Instrucción de enorme utilidad hoy, porque en ese tiempo era falsa, los alambres no daban toques, ni aún con el foco prendido, lo sé porque yo tocaba los dos alambres pelones y nunca me hizo nada. La enorme razón física es que una carga de 12 *volts* de corriente directa, como la de la batería de un carro, no da toques.

Las advertencias de no agarrar alambres pelones no era porque las conexiones fueran peligrosas en 12 *volts* sino porque, cuando estuviera conectado al fluido eléctrico de la Comisión Federal de Electricidad, con 110 voltios de corriente alterna, ahí sí causaba un enorme cabronazo, eso lo supe después y por fortuna, no se encontraba presente mi padre si no, hubiera sido doble el cabronazo, me enteré justo a tiempo de que no me estuviera cuestionando. No he vuelto a tocar alambres pelones ni por error.

Hoy estoy convencido que mi padre no tenía una intencionalidad docente, un plan pedagógico o un proyecto didáctico para que yo me enterara de las cosas, tampoco existía una situación didáctica, un campo técnico del saber en mí y mucho menos la experiencia de trabajo que era como exclusiva para que yo desarrollara. Las circunstancias de vida e historia familiar me ubicaron a mí como ayudante obligado y esa era mi realidad, realidad que jugó en mi favor para el aprendizaje de ciertas cosas.

Tal vez yo esté haciendo más importante de lo que es, esta relación de mi gusto por la matemática y las experiencias de vida que en suerte yo tuve con mi padre. Ahora creo, y es mera hipótesis que el tiempo de vida del ser humano, en cada etapa de su crecimiento es uno de los factores acumuladores de herramientas para potenciar el pensamiento creativo y la combinación entre el conocimiento

empírico y el conocimiento científico que recuperé de la práctica cotidiana, del desempeño laboral de mi padre y su experiencia, ya sea por tanteo o por otras estrategias que le permitían realizar su trabajo. Este uso de teoría y práctica inteligente, además del memorístico que nos lleva a querer a nuestros ancestros, pero también a empatarlo con nuestro futuro campo de acción.

Esta idea por probar, mediante un buen ejercicio de investigación, sería suficiente para convenir que cada sujeto en sus propias condiciones de vida, con un cerebro sano, por automaticidad al transcurso del tiempo, acumula elementos visuales, auditivos, sensitivos, etc., que le pueden desarrollar la inteligencia y que con una intencionalidad específica y hasta mínima, cualquier ser humano es capaz de potenciar en otro sus preferencias, deseos, necesidades y muy especialmente, su gusto por la matemática, como fue mi caso por instancias de mi padre.

En realidad cuando el proceso comienza con un incentivo específico, pareciera que todo lo demás conspirara en ese fenómeno, basta que el espíritu de la concentración lo siente a uno ante una mesa y un cuaderno y sin que nadie le esté obligando a realizar tal cosa, es decir, por iniciativa propia y entonces llega la magia familiar “Este muchacho es muy tenaz en sus cosas, es muy inteligente y trabajador, si tienes algún problema en la escuela pregúntale al estudioso” (J. Loya, 1982) y sucede, comienzas a convertirte en ese “ser”.

Luego viene el segundo nivel, cuando en la escuela uno requiere menor atención coercitiva para realizar las tareas y ejercicios propios de una jornada, los compañeros de equipo o de grupo y el propio maestro ejecutan la obra reforzadora “Este niño tiene potencial, aprende rápidamente, va a llegar muy lejos” (sin autor) y la magia se apodera del espíritu del niño o del joven según sea el caso. No se necesita una experiencia siempre e invariablemente exitosa, la cosa es que exista ese cúmulo de detalles motivantes.

Por estas razones, los alambres me dieron la oportunidad de generar más relaciones de un pensamiento matemático que psicológicamente ya era reforzado por dos importantísimos niveles, el familiar y el escolar, pero que agregaba paulatinamente el nivel personal. Si digo que todo conspira es porque creo que ya dado el impulso inicial, la inercia, no física sino socio-cultural, mantienen el proceso en movimiento ascendente, apenas modificado en su velocidad pero no en su avance.

Dentro de una instalación eléctrica de una casa pequeña están contenidas infinidad de detalles útiles para el aprendizaje de la matemática, tantos que han generado una carrera universitaria, si la casa es grande el contenido es mayor y las posibilidades se multiplican y si las instalaciones eléctricas se diversifican a otros objetos esto ya es un campo de la ciencia que exige profundidad y especialización. Sin embargo, el aprendizaje inicial, la base del conocimiento desarrollador del gusto por algo, subyace en el ejercicio simplista de pequeños detalles que componen ese campo de experiencias.

El asombro motivador de los alambres, en mi caso, comenzó cuando pude apreciar la redondez y precisión con la que quedaban las terminales de los cables que conectaban al apagador a través de los tornillos. La operación manual de pelar dos centímetros del alambre, hacer el doblez a noventa grados y con una pinza de punta empezar a curvar el cable desde la punta hasta el doblez y ver la armella perfecta, era por sí misma notable. Saber cuál se atornillaba a derecha y cual a izquierda era ya cosa de ciencia.

Enteramente que todos los cables introducidos en mangueras de poliducto a través de una red pegada al techo y metida por las paredes, algunas veces incluso en el piso, tenían una identificación que los unía o no, una seña que a veces era el color y otras una pequeña marca o doblez y que era fácil reconocerlos por su función, fue algo así como

excluyente en un principio. Si es algo tan complicado eso no es para mí, pensaba, para mi buena suerte sí era para mí, porque antes de hacer aquel entramado imposible se tenía que hacer un plano o diagrama y supe que mi padre necesitaba diagramador.

Comencé a hacer instalaciones lógicas, dibujadas, pensadas antes que físicas, las encendía en el papel antes que en lo material, las construía en mi mente y eran ideas que poco a poco iluminaban mi cerebro, ahora sé que no es nada del otro mundo pero también sé que mi mente se abrió a otros mundos y que era una forma de vivir y disfrutar de la libertad de la vida, y aunque se estuviera encadenado en un profundo calabozo, la mente abierta a las ideas provee de libertades, aún con los ojos cerrados, es decir; la mente recrea los mundos necesarios para la libertad.

Conforme el tiempo fue pasando también pasó la sencillez de los pedidos de cada dueño de una vivienda, también cambiaron las herramientas y el material para las instalaciones, cambiaron los permisos e incluso cambiamos los que lo hacíamos. Aunque el principio de ciencia para ese trabajo seguía siendo el mismo, las cosas se encarecieron más que lo que prestaban de servicio, se sofisticó la forma de hacerlo pero no en la misma proporción en que servía. Muchas acciones se especializaron y hubo pedidos extraordinarios como poner un apagador para dos lámparas o un apagador adentro de la casa y otro afuera y que controlaran el mismo foco, hubo solicitudes de lámparas que iluminaran poco, medianamente y mucho con un apagador variable.

Todo eso lo hicimos pero ya era de ricos, hoy muchas viviendas, lo tienen como algo normal. A pesar de lo rápido que cambia el mundo mientras algunos vamos con el movimiento, otros se recrean en el pasado y se sigue generando enormes barreras entre unos seres humanos y otros, entre una cultura y otra, entre un país y otro. Este razona-

miento tiene la finalidad de robustecer la idea de que existe un factor constante del ser humano en su desarrollo, que le permite aprender, crear y definir fracciones de su aprendizaje, que por muy diferentes experiencias de vida que le acompañen; siempre sobresale la inteligencia que equilibra por edad y madurez a cada sujeto que aprende.

Si alguien me pregunta cómo se aprende matemática, tranquilamente puedo darme el lujo de contestarle que con alambres y a mayor nivel y profundidad haciendo instalaciones y por último a nivel de genialidad, agarrando por única vez los alambres pelones.

EL AGUA

Como un ardid de guerra o con maña como decía mi padre, el plan que fraguaba para que yo estuviera ocupado, siempre funcionó a la perfección. Era bastante mortificante que comenzara con preguntas molestas lo que él sabía que tenía que hacerse y en lo que mis respuestas no podía desviar. Pero si nos fijábamos en su discurso aparentemente simplista, había escondida una filosofía de vida que llegaba al centro del corazón.

—Te encargo esto, —decía—, porque pronto te vas a estudiar y cuando alguien se va, sentimos tristeza por el hecho en sí, porque se revela en nosotros la tristeza de quedarnos. Cuando te vas, descubro la falta que me haces.”

Desarmado, convencido y hasta emocionado entraba en sus dominios y entonces reiniciaba el proceso pendiente y me solicitaba el primer proyecto:

—Si vamos a conectar una casa a la red de agua potable ¿qué se necesita? ¿Puedes hacer la lista?

—Sí, —era la respuesta y la hacía, me dejaba un tiempo mínimo y volvía a la carga.

—Ya pusiste de la toma a la casa, pero las conexiones dentro de la casa ¿qué? Y hacía lo de la casa, lo revisaba y preguntaba entonces: —¿Y las medidas y el croquis?. Y también lo hacía. Entregadas las tres hojas de aquel plan de trabajo volvía para terminar. —¿Dónde están los tiempos y qué va primero?—. Y finiquitaba todo lo que le causara dudas.

Sé que no tenía ignorancia pero aprovechaba lo poco que yo podía aportarle, sé que él planificaba mejor, pero me hacía sentir que yo era de su equipo, sé que él realizaría todo en la mañana, pero antes de ir a dormir, porque se acostaba temprano, me decía como si yo fuera el jefe: —¿A qué horas quieres que te despierte? Y antes de la respuesta agregaba, —descansa que yo te levanto temprano. No había elementos ni argumentos que esgrimir en contra, yo era parte de la obra y tenía que estar ahí.

En el tubo galvanizado que ocupábamos para la fontanería llegué a contar el número de roscas que teníamos que hacer con la terraja y mucho antes de siquiera estar en la casa del trabajo encargado. Si contábamos con el material antes de ir a la obra llegamos a llevar prearmado todo lo que iría en el baño, con muy pocas modificaciones, solo empotraba la armazón y con mezcla terminábamos el trabajo, la gente se asombraba de la rapidez con la que empezaba y entregaba el servicio.

Creo que alrededor de la fontanería sucedieron muchas cosas en mí, pero era demasiado joven para recordarlo hoy, pero sí puedo decir que cuando yo le expresaba alguna cosa, sentía que alguien realmente me veía, de esto no escribo tanto porque no recuerdo tanto, lo que me lleva a decir que estas ideas no son creación mía sino propiedad de una historia reciente y que puede ser la memoria cognitiva de muchos que se parecen a mí y entonces encuentro congruencia en lo que un día me dijo. Es importante darse cuenta que quien te salvará es otra alma con un conjunto de vivencias como las tuyas.

Por un tiempo fui vergonzoso, inseguro y tímido de entrar en cada casa con gente diferente, humildemente vestido, sucio para el trabajo y también por gusto, no enfrentaba fácilmente a otros y en ese plano mi salvación inmediata era retraer la pregunta ¿cuántas personas hemos atendido en este mes? Y de ellas ¿de cuántas te acuerdas

más de tres detalles? Bueno, 1000 caras frente a ti y ninguna tiene un punto identificable, tu eres uno entre mil que ellos han visto y para quienes no eres significativo. No te pongas nervioso, poco se fijan en uno.

De todas maneras, hoy encuentro que posiblemente uno ve un millar de rostros sin señas extraordinarias para la memoria y asombrosamente se es uno entre mil que no representamos nada en la memoria de otros, pero de manera inversa, reconociendo que los seres humanos a veces somos tan parecidos que lo único que nos distingue es la presentación; vale un trabajo bien hecho para que durante mucho tiempo, la persona a quien se sirve, tenga el reconocimiento y el recuerdo que sirve de recomendación.

Mi padre era muy recomendado, lo conocía mucha gente entre la poca que hay en una pequeña ciudad, nunca faltó un hombre que interrumpía lo que estábamos haciendo para invitarlo a que se diera una vuelta por la nueva casa con el nuevo trabajo pero además, estando en un pequeño contrato de fontanería era bastante común que le preguntaran si sabía hacer cosas de electricidad, haciendo trabajo de albañilería le solicitaran de carpintería; le preguntaban de jardinería y hasta hubo quien le ocupara como encargado de mantenimiento de una clínica de la localidad.

Era sumamente versátil y esa condición me la endosaba para mi estudio, obligándome sin siquiera mencionarlo; a que cada nota o evaluación, de lo que fuera, no tuviera negativos bajo ningún pretexto, no lo recuerdo una sola vez diciendo si mis calificaciones le parecían altas o bajas pero si tengo absolutamente presente su pregunta favorita ¿y eso es lo mejor que hay?, Y debo aclarar que no estaba obligado a que lo fuera, pero sí a que fuera el preámbulo de más y mejor.

Las medidas de las cosas que inicialmente pueden intuirse y soportar tanteos llegaron a niveles de precisión que ahora mismo me asombran, se presentaron oportuni-

dades de pasar el tubo galvanizado de $\frac{1}{2}$ a través de una pared, a veces de ladrillo a veces de block y a veces de adobe y solo bastaba medir el grosor y se cortaba el tubo con una precisión notable. Se contaba el número de hilos en la rosca y se daba el número de vueltas al codo o niple y con precisión de máquina quedaba justo.

Nunca lo vi quebrar una segueta ni que se le trasroscara ni una rosca del tubo galvanizado, no pedía material sobrado y era matemáticamente preciso, pero además muy barato como trabajador y quizá por eso muy solicitado. Yo no podía darme el lujo de hacerlo diferente y sin embargo muchas veces fui desatento con sus encargos, muchas veces no quería acompañarlo y en múltiples ocasiones hice las cosas de mala gana, qué error pero qué real encuentro el parecido de mi vida entonces y los muchos jóvenes de hoy que he tratado.

En el año de 1979, muy presente porque estaba por salir de secundaria, me comentó algo que no causó mucho asombro ni tomé muy en cuenta y que no entendí desde su perspectiva, pero que proféticamente 40 años después tiene una vigencia mundial. Me dijo “Deberá llegar el día en que los expertos de todas las profesiones empezarán a poner sus experiencias y habilidades gratuitamente a la disposición de los demás en una junta, en una plaza como un espectáculo común y en muchos lugares donde la gente vaya sola no como en la escuela”.

Eso está haciendo *YouTube* de un tiempo a la fecha. Dijo que la enseñanza saldría de las escuelas y los salones de clase, a fin de satisfacer necesidades de miles de jóvenes en busca de conocimientos y técnicas que creen que necesitan para llevar una vida mejor. Esa será abundó, “La mayor explosión de la educación en toda la historia”. Hoy la mayor parte de los estudiantes del mundo conocen a *Google* y le preguntan de todo sobre los temas más impensados que existen.

¿Cómo puede alguien pensar en cosas que no están sucediendo y vaticinar como si la viera en su espléndi-

da sencillez, ¿cómo pueden estar ahí para una persona las cosas que 40 años después estarán para todo el mundo, aun no tengo respuestas convincentes. En cambio en este momento me nace una reverente admiración ante la sorprendente capacidad para observar el flujo de la vida y develar el misterio de su desarrollo. Y entiendo que no mencionara el fin de esos procesos porque también advertí que no se veía a sí mismo viejo o moribundo. En sus peores momentos de enfermedad siempre nos dijo a todos: “En cuanto me componga, en cuanto me levante de esta cama...”

Todos los seres humanos jóvenes necesitamos experimentar para aprender y todos los seres humanos experimentados pueden ayudar a que esas experiencias lleguen pronto o tarde, pero parece insalvable que nos enseñen nuestros padres cosas que nos marcan y que buscaremos evitar o pasar a las nuevas generaciones que son nuestro flujo de vida. Como el agua que fluye tiene un valor personal para cada ser que la requiere. Si el agua tiene un valor es por su relación con quien la valora. Vale más que oro si has tenido sed de muerte y es de total respeto si estuviste a punto de ahogarte en el mar, vale una revolución para quien siembre y le quitan su abasto y vale la paz si te refrescas en su bendición húmeda.

El agua es como la vida, duele con un reflejo de nostalgia que nos parece como un intento de evitar el dolor, el cuerpo se predispone a estar sin ella como el cuerpo se predispone al dolor, cuando la inyección viene el músculo se tensa y aún sabiendo que el temor pasa en cuanto se difumina el dolor, siempre que venga otra inyección el músculo volverá a tensarse. Así un día sentí el aviso de la soledad con una frase que ya no olvidaré: “Cuándo te vas, me temo que te extraño tanto que duele.”

Cuando mi padre murió, Alonso mi hermano no lloraba y me dolía su valentía sería pero en la iglesia de la obrera, en su casi última despedida vi las lágrimas desbloqueadas de mi hermano como haber abierto la llave del

agua, era como un descanso y como un aviso contenido. En ese momento extrañé tanto a mi padre que me dolió el alma.

Cuando Yedo murió nuevamente reviví esa sensación al ver a mi madre incrédula y sufriente sin llorar, hasta el punto de abrir la llave de las lágrimas y sentí el agudo extraño dolor. Me pasó lo mismo con Alonso y con mi madre.

Es un momento en el que los músculos se tensan, viene el dolor y a pesar de saber que llega y se va, no quiero sentir el pinchazo y llega cuando el llanto fluye, cuando se abre la llave. Esa sensación de algo en el alma está presente cuando abro el grifo de una llave en un lugar donde el agua vale oro.

EL REGRESO A CASA

Es curioso constatar cómo una gran parte de nuestra vida solo la vivimos y no queda nada de ella en nosotros como una distancia irrevocable. Constatamos cómo pasa el tiempo de 12 a 14 años y no tenemos nada de recuerdos a veces no sabemos quién quiere a la gente que queremos porque está profundamente oculto el pasaje y la memoria no puede hacer uso de esa experiencia.

Entra el estudiante a secundaria y es tan nuevo como si el nivel anterior no hubiera existido, pero hay (la muerte de los papás de Octavio), una presencia que abre la compuerta y se inunda nuestra vida con todo lo que sí estaba ahí pero contenido, frenado por alguna razón.

Incontables ocasiones más que ayudar acompañé a mi padre en su jornada de albañil y eso de por si era agotador, yo no realizaba una gran obra, pero cumplir 12 horas de un sábado en la construcción del momento, representaba un agotamiento extremo para un niño de 12 años de edad y no alcanzo a entender por qué mi mente se guardaba y negaba momentos de extraordinaria felicidad por el solo hecho del regreso a casa. Cumplida la jornada de 6:00 a.m. a 6:00 p.m. el camino al descanso era como una ilusión de libertad.

Cuando caía en el equipo de trabajo la frase liberadora de “Bueno, ya hoy no hicimos nada a ver si mañana”, era para mí como si el equivalente retumbara en mi cabeza.

“Por lo pronto este día no morirás, eres libre” y es, tras doce horas de alargada jornada donde se juntaba todo: el hambre, el cansancio, el aburrimiento y mis deseos de alcanzar algo de las reuniones de barrio con los amigos de la colonia. Largo se me hacía el trayecto de la obra a la casa, renovado de energía por mis deseos de jugar pero sin piernas suficientes por la debilidad extrema, por la distancia irrevocable entre mi compromiso y mi deseo de estar libre.

Ese trayecto eran muchas cosas, la plática casi filosófica de lo que significaba un día para mi padre, el tema siempre nuevo sobre lo que circunstancialmente íbamos encontrando en el camino, mi apertura total a las ideas que tenían un tiempo contado de duración y mi propia motivación liberadora de ese día que por fin terminaba, eso era la felicidad pero yo no lo sabía, era la espera de un momento desposeído de preocupaciones de edad y compromiso, era la ilusión de casi nada pero que eliminaba a casi todo.

En cada caminata me quedé con una historia de vida que en mi adolescencia me hizo parecer maduro y adulto y que se fueron acumulando para no volver a salir, por momentos, inexplicablemente cancelados, a veces por años dolorosos, otras por vergüenza y otras más por innecesarios. No estoy seguro si a todos los seres pensantes les ocurre igual o al menos parecido, pero para desencadenar el recuerdo no basta desear hacerlo sino que se encuentra la persona, el lugar o la fecha de ese cruce de vivencias y explota la memoria. Los regresos a casa tienen la magia que escudriña lo que está ahí pero que parece que nunca fue.

Tuve en secundaria un amigo entrañable, que lo fue por dos años perfectamente definidos, Oscar se llama si aún vive; nos hicimos mejores amigos desde la inscripción en la Técnica 8, cuando mi madre y la de él se juntaron en la fila para entregar documentos, como gemelos de edad realizábamos la misma función de apoyo para esas señoras bonitas y amables que se amistaban por ese casi único día,

traíamos la carpeta de los documentos y las fotografías y los dos íbamos al mismo grupo de dos que se abrirían, el encuentro fue casual por una confusión en las carpetas.

Mi madre presentó la carpeta de Oscar y la señora Adela mis documentos “madre mía me lo cambiaron” (B. Peña, Adela, 1971), fue la expresión de las dos y la risa festiva les duró mucho rato, de ahí nació nuestra amistad como avergonzados del hecho de ver a nuestras mamás asustadas y sonrientes. Él era ancho y macizo, yo flaco y flexible pero congruentes en muchos sentidos, desde el primer día de clase fuimos un equipo compartido y aunque yo tenía mis amigos de la Obrera (Santiago y Chapo), Oscar ocupó el primer sitio entre mis afectos.

No es preciso que diga que fue una amistad de escuela y de ningún otro sitio, solo ahí coincidíamos, no es necesario abundar en cómo se fortaleció cada mañana y cada receso nuestra camaradería, lo recuerdo porque su amistad de un ciclo escolar y una parte del otro, terminó siendo uno de esos recuerdos frenados por dolorosos pero que explotaban sin ser muy consciente, en cada regreso a casa. Oscar fue muy querido por todo el grupo porque era de esas facciones toscas que le gustan a las niñas y de ese estilo que hace cuates rápidamente pero además tan peleonero defendiendo a cualquiera del grupo que se convierte en la protección y la seguridad del equipo.

Era mi compa y era mi guardaespaldas, era el íntimo y era la seguridad, todo marchaba bien en esa amistad hasta que un día de noviembre, muy frío como la tristeza, sus padres y un hermano mayor, que entonces estaba en tercero fueron de Nuevo Casas Grandes al pueblo y de regreso ocurrió la desgracia. Había llovido un poco en la región y dicen que mucho en la sierra que lleva agua al río Casas Grandes, los padres de Oscar cruzarían el río por un vado cercano al puente “de los jueguitos” pero ubicado unos 800 metros más al norte, el río venía crecido y decidie-

ron esperar a que bajara la corriente; no sé cuánto tiempo transcurrió pero fue suficiente para que el frío de esa noche y el monóxido del calentón de la troca en que regresaban, se combinaran con el sueño y con la muerte. Otro día los encontraron estacionada la troca a un lado del camino que daba al vado, dicen que murieron sin sentirlo, que solo se fueron. Oscar no murió, pero ese día también se fue como amigo, estaba en el salón pero no era, asistía pero lo cambiaron por otro, se volvió duro, mal hablado, golpeador y terriblemente negativo. Aun así yo lo quería mucho y sufría por lo que le estaba pasando. Nunca hice algo por él, porque terminó por salirse de la escuela y jamás supe de su paradero.

Mi padre y mi madre supieron de mi tristeza, ella se acordaba de la señora Adela y él lo advirtió en el camino de regreso a casa, me preguntó y le conté, me abrazó y lloré. Sus palabras de entonces las encontré en algún lugar de mis lecturas mucho tiempo después... “Algunos jóvenes no tuvieron el derecho que tú deberás defender porque estás aquí, a un futuro mejor, a la educación, a formar una familia, a ser alguien en la vida, solo consiguieron disfrutar el derecho a morir jóvenes”, mi padre creía que había muerto mi amigo y no supo que mi tristeza era por su propia tristeza.

Alguna vez me sorprendí llorando solo, salté de la cama y grité como si estuviera por defender la tristeza de mi amigo y me di cuenta que lloraba sin ninguna vergüenza y hasta con sollozos y no era cursi ni ridículo y deseé saber cuándo había llorado así por alguien la última vez. Hoy sé que puedo repetir ese pasaje cada regreso a casa y con cada uno que se ha ido pero hago un convenio con mi padre porque sus palabras de consuelo me han protegido recordándole así: “Una vez que aprendes a no depender de los distractores externos para tu paz y tu tranquilidad, estás en el siguiente nivel y vamos creciendo. Esto es apenas un distractor para tu espíritu de joven, y una enseñanza para el que serás mañana”.

En todo el tiempo de secundaria y ya retiradamente en algunas vacaciones de la Normal tuve muchos regresos a casa, que ya convertidos en historias se hicieron las experiencias formadoras de la persona que soy, no solamente fui protegido del vacío y la melancolía de crecer sino preparado por lecciones de alta moral. Aprendí la filosofía japonesa sin filosofía y sin japoneses, es decir que necesité solo un regreso a casa y un comentario menor, de esos que llegan pronto y dolorosamente.

La casa del químico Arturo Jiménez, era grande en la parte donde habitaba su familia pero más grande aún en la parte que no habitaban. Una esquina del terreno la ocupaba un caserón de 6 recamaras, 3 baños, un comedor, un gran pasillo, una sala de estar y mucho más, como cualquier casa de ricos, otra esquina hacía funciones de cochera y de taller de carpintería, que tiempo después también sería almacén de vidrios y espejos. La mitad restante era un patio enorme y al final unas tapias de adobe que fueron encargadas a mi padre para hacer 6 departamentos para renta.

Para hacer nuevo ese conjunto de habitaciones se encargaron 6 dompes de arena, montones de piedra y dos toneladas de cemento además de una buena carga de madera. Ese era el mejor lugar para jugar a todo. Lo entendí yo pero también los hijos del “químico”, así mientras yo trabajaba en la ayudantía, los niños se escondían y jugaban balazos en mis dominios, me agregaba un poco y volvía a mi puesto de mandadero, era extraordinario como para cada parte de juego había un juguete que a mí me gustaba más.

Había monos luchadores, soldados y pistolas, máscaras y en fin, de todo lo que yo deseaba; los carritos en la arena eran un sufrimiento para mi deseo contenido, pero el rifle de plástico, el wíchester de palanca, el discreto mata indios, eso sí era otra cosa. No podía verlo ahí tan abandonado, tan olvidado y tan... tan mío, si ya no lo querían. Quedó en el montículo de arena, semienterrado y perdido, yo

solo lo empujé colina abajo al pie de la arena y desparramé un poco más de arena hasta que desapareció.

Vinieron los niños más tarde y mandados por aquella señora rubia tan bonita y tan gritona recogieron monos, carros, máscaras, soldados y casi todo, casi, casi todo, porque faltaba algo que yo sí sabía qué y que no estaba a la vista, buscaron todos, hasta el químico pero no aparecía, y ni modo se perdió y en verdad no importó tanto.

Se fueron a dormir a su enorme espacio de solvencia económica y no fue mayor el faltante, pero yo debía regresar a casa con un juguete perdido, pero encontrado casualmente por mí, que estaba feliz de conseguirlo.

“A veces cegados por nuestros deseos, no advertimos que el máximo valor de una persona es la honestidad, que con pequeñas muestras se hace tan grande como el universo y con pequeñas muestras se hace tan pequeño como un microbio. Nada vale suficiente para cambiarlo por nuestra paz”, eso me decía mi padre y yo no lo escuchaba, no entendía y él estaba triste porque no le hacía caso. Esa tarde, la noche, otro día, y otro más, jugué con un rifle de plástico que era de balas infinitas, que mágicamente apuntaba y no fallaba, era lo mejor que pude haber conseguido jamás.

Los niños ya se habían olvidado del juguete pero yo tenía un sentimiento de culpa insoportablemente insistente, no se me olvidaba que me lo robé y que no era digno de que “el químico” le dijera a mi padre algo bonito del hijo trabajador, lo serio, dedicado y humilde de ese muchacho que veía jugar a sus hijos y se contenía por el respeto a una orden de su padre. Me invitaban los niños a jugar con sus monos y me parecía que me vigilaban para descubrirme ratero de sus cosas, tenía sentimientos tristes de que me regalaran cosas que yo no merecía.

Yo tenía los colmillos empalmados y un día dijo *el químico* a mi padre: —Don Chuy mándeme al jovencito al seguro para arreglarle los dientes. Fui y en cuanto pregunté

por *el químico*, vino por mí y me llevó con su amigo dentista, todo era acumulativo para ese sentimiento de culpa que ya no me abandonaba hasta que un día de regreso a casa paré a mi padre y le dije: —Papá yo me robé el rifle; él me contestó: —Si ya lo desocupaste se lo entregas al dueño y das la satisfacción, las explicaciones, que te pida, disfruta esta tarde y mañana vemos.

Otro día toqué a la puerta de la casa del *químico*, la señora Adela me pasó a la mesa del desayuno, ahí estaba el señor de traje, sus hijos muy bañaditos y yo comiendo cereal con mermelada de fresa, con la mayor vergüenza del mundo, mandado por mi padre a que le dijera como a él, se lo dije: —yo me robé el rifle; lo entregué y comí cereal y lloraba con unas lágrimas amargas, saladas y mugrosas y sucedió lo más extraordinario de ese día, recogieron el rifle y me abrazaban y me regalaron 2 billetes de 100 pesos de los de color canela.

Nunca más pude ver a la cara al *químico* ni a ninguno de su familia, me buscaban para darme cosas pero yo no perdí esa vergüenza inagotable que casi costaba la confianza de mi padre en mí. En cambio en un regreso a casa volteó, me miró y dijo: —recabrón qué tamaños, qué valor civil, qué hijo tengo. Y sí, esa enseñanza moral me dió la seguridad de que estaba pendiente de lo que hiciera, ahora no me quedaba duda de que cuando yo hablaba, alguien verdaderamente me escuchaba.

LA CARRERA

Mi hermano Yedo decía, —¿Te acuerdas?, pero ya pasó hermano. Después yo lo acomodé con alguna lectura de la poesía que entonces pude leer *Los recuerdos son cosa del pasado*, solo que ni él ni yo teníamos razón, me parece que los dos queríamos esconder y olvidar algo, luchábamos contra una verdad que se opone a la lógica con que nos llegan las cosas, no se él, pero yo me revelaba a creer que mi padre tenía razón y era sabio, quería que no fuera verdad lo que pasó para seguir siendo hosco, negativo y renuente como los adolescentes solemos ser algunas veces con nuestros padres.

Estando en primero de la Normal yo vivía en la Ciudad de Chihuahua y para finalizar ciclo las cosas no pintaban muy bien en mi economía, nunca dejé de recibir el apoyo de todos en mi casa, unos más otros menos pero todos me confortaban para no abandonar, yo era dedicado y obtenía buenas notas pero como casi siempre, no correspondía el promedio de alto nivel con la comida, el vestido y la compra de materiales de estudio, durante mucho tiempo fue extraordinariamente más fácil aprenderme el libro que comprarlo, cosa que ya no es necesariamente cierta.

Lo que intento decir es que batallaba económicamente y que un adolescente responsabiliza de eso a sus padres y le es suficiente para justificar rebeldía. Aprender a convivir con nuestra situación, entender nuestra circuns-

tancia, dar valor a lo que tenemos y muchos otros elementos de la madurez es fácil con el tiempo, pero yo no tenía tiempo, tenía 17 años y no podía entender nuestras dificultades económicas, el esfuerzo familiar, la condición de trabajo de mi padre. Hoy entiendo que nunca fuimos pobres, lo que pasó es que no teníamos todo el dinero que hace falta para vivir satisfechos y sobrados, pero eso, a fin de cuentas nos pasa a ricos y pobres.

Yo me fui de casa teniendo todo: comida, vestido, calor, seguridad, cobijo (no dije dinero) pero todo agregado a útiles escolares y notas sobresalientes, era un joven con la vida resuelta en casa, que se va de ella a resolver otra vida que parece lo mismo pero en otro lugar. Nada que ver y regresé enojado, confuso, negativo y muy adolescente. El primero que recibió mi desgano fue mi padre porque siendo vacaciones del estudio era trabajo de verano, era pala y cemento, eran levantadas de madrugada y eran trabajos más cargados que antes, pero que además yo no quería hacer. Sentía, equivocadamente, que no me correspondía, que yo ya no le debía nada a mi padre.

Así, uno de esos días de madrugada por el río en busca de arena, en compañía de un sujeto conciliador, esforzándose en que yo hablara de mi experiencia de estudio, solicitándome el reporte de lo aprendido en ese año fuera de casa y en una escuela de súper maestros, le dije la forma del mundo, las características de la sociedad, los secretos de la economía y mi interpretación calificada y experta de la naturaleza humana y el desarrollo cognitivo del hombre, yo estaba enojado y él me atajaba pacientemente y con cautela inteligente me decía que las cosas no eran necesariamente así, que lo viera con más “tientos” decía él. La pregunta llegó como un intento de hacer las paces:

—¿Y qué haces que seas tan bueno en donde no te gane nadie?

—Corro, -le dije.

—Estoy en el equipo de atletismo, juego fútbol y soy sumamente rápido.

—¿Y por qué crees que eres muy bueno?

—Porque en todo el Estado no me gana nadie.

—¿Y si juegas contra mí me ganarás muy fácil?

—Claro, a usted por principio pero a muchos más.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro si nunca haz corrido conmigo?

Lo que le contesté no fue un error, él ya lo esperaba, —porque usted está viejo, porque es albañil y porque usted no corre.

Yo creía que él no tenía ninguna esperanza, ningún chance contra mí y me adivinó el pensamiento.

—Estamos perdiendo la saludable costumbre de la esperanza, —me dijo.

—Creo que tu arrogancia no viene de tu estudio y de tu nueva ciudad, porque si la escuela te está cambiando contra los que te quieren, esa escuela vale para puritita cabrona.

Él tenía 42 años y yo tenía la impresión de que era viejo, él era en ese momento un padre juicioso y me quería dar una lección de vida y yo era un joven belicoso y majadero, todo estaba dispuesto para una buena lección.

—Si te juego una carrera ¿cuánto me das de ventaja en unos 100 metros?

—Veinte, —le dije.

—¿Y si te ganara que das?

—Lo que quiera, —contesté yo.

—Hijo sigo confiando en ti ¿estás seguro de lo que dices?

—Sí, —y seguí serio.

—Bueno, cuando termine la carrera te digo qué quiero. No hablamos más en lo que quedaba del trayecto, pronto estuvimos en el río y en un claro del campo, muy planito entre los álamos, al borde del pequeño cuerpo de

agua sería de ruidos y movimientos, medimos a pasos entre dos álamos. Serían uno 110 metros de uno a otro.

Le conté sus 20 de ventaja y pinté con el pie una raya desde donde el arrancaría pero se puso justo a mi lado derecho y comentó:

–Cuando salgas a la orilla volteas a donde yo venga y luego contamos mis 20. Me acomodé como un corredor olímpico, con la diferencia de que no tenía arrancadores, el saldría desde la posición de pie, yo vestía camiseta, pantalón y tenis más o menos comunes, él camisa, pantalón y zapatos de trabajo, yo me enfoqué en el árbol de la meta, él observaba un poco triste mi soberbia adolescente.

Entonces di la salida, corrí y me ganó, nunca pude alcanzarlo, hasta creo que me esperaba un poco. No tenía ningún pretexto, no había ningún elemento del cual valerme para reclamar, pedir la revancha era indigno, no lo hice y no dije nada pero tampoco el hizo comentario alguno. Se sentó en la enorme raíz del álamo que fue la meta. Lo vi respirar duro, sudar hasta mojar la camisa y con los brazos aun transpirando agua, se levantó y dijo: –ahora sí a buscar arena, caminamos río arriba y por momentos me abrazaba, yo sentía mucha vergüenza bajo su abrazo serio.

Ese día yo cargué fácilmente la mitad del dompe, haciendo un esfuerzo inusual, algo se me había transformado por dentro, más en mi mente que en mi cuerpo, creo que desde entonces he sido muy cauteloso para medir las posibilidades de otros cuando compiten conmigo. Creo que en los adolescentes hay razones poderosas para su comportamiento errático y en una de esas razones tiene que ver con la ignorancia de la realidad, con la forma de ver las cosas, con su incapacidad de entender las razones de otros. Condiciones que con la madurez se van supliendo a diferentes velocidades en uno y otro y dependiendo de las circunstancias.

Unos aprenden con golpes terribles de la vida, por la transformación de su cuerpo, otros por la enseñanza pa-

ciente de padres amorosos y otros más por naturaleza llana. Algunos caen en las garras de la droga, otros en la seriedad de los libros y otros más tienen un estreno apurado en el trabajo de vivir, pero a todos nos llega esa transformación interna y todos la afrontamos con las herramientas de la familia, la sociedad y la cultura que nos tocó en suerte y aunque me falte mucho por decir de esa difícil etapa, se sobre entiende que como todos cambian con la edad, yo cambié en ese momento.

Comencé a preocuparme del cómo más que del cuánto y empecé acumulando porqués más que los pues, dejé de pedir tan fácilmente y a fijarme en el ¿tendrás? me dolía la necesidad propia pero me hacía consciente de la necesidad de otros, se me aclaraban las razones de los jóvenes que luchan por causas revolucionarias y captaba mejor las ideas y explicaciones de los maestros. Hasta creo haber sentido la necesidad de leer los libros con otros ojos, en resumidas cuentas, se aclaraba en mi vida un poco más el camino que abría como futuro y con ello se acrecentaba la deuda contraída con mi familia.

Esas vacaciones me dieron una pequeña pero muy consistente fortaleza para enfrentarme a la vida y para lanzarme a cometer más errores. Si, pues ni modo que ahora todo lo hiciera bien, pero con más conciencia de que los cometía, con más claridad de que yo no era el Sultán de mi familia y que hay cientos de jóvenes sintiéndose sultanes, no de grupo de relación, sino del mundo, intento decir que los jóvenes a veces se sienten los dueños del mundo, y de que ese fenómeno puede explicar, por lo menos como variable determinante, una buena parte del comportamiento social del ser humano.

Entendí un poco mejor, la búsqueda de explicación que mueve la juventud hacia un punto determinado, la determinación de fumar, tomar o drogarse. La decisión de cometer un robo o lastimar a otros de manera consciente, el

compromiso contraído con una banda o grupo de comunes y por supuesto, el abrazo a causas nobles, la concentración en el estudio, la determinación en el deporte y el amor sacrificado.

Cuidado con este periodo porque se tienen muy pocos años para saber con exactitud a qué tenerle miedo y se tiene mucha energía como para ser refrenados los impulsos.

El arrojado impulso de los jóvenes no es necesariamente valentía, a veces es más ignorancia del peligro que existe, el desánimo no es necesariamente pereza sino desconocimiento de las capacidades contenidas y de los objetivos de vida. Sus acciones no siempre son responsabilidad atribuible a ellos, sino a las herramientas que ponemos a su alcance, así un joven a quien le acercan un arma puede llegar a lastimar a otros, pero si se le acerca un implemento deportivo (un balón) puede motivar a la salud de una comunidad.

Así, ese día comencé a mejorar mi propósito de vida, con una carga de vergüenza e incredulidad. Ayudé en las labores del trabajo de construcción pero también en la casa, entendía a los que siempre dan sin pedir el pago, comenzaron a surgir mejor en mi vida, las figuras imborrables de Licha y Ludi, se empezaron a aclarar las vidas de mis hermanos más pequeños, creo que justo entonces fui consciente de que Cruz existía, parece cruel decirlo pero uno sabe que están ahí sin aquilatar su significado y su valor, su trascendencia para ti y otros como tú.

Esa importancia de darse cuenta que otros existen a veces es triste, a veces es doloroso, nos hace descubrir personas que tienen un valor a prueba de balas y que sin embargo no poseen una actitud a prueba del primer desencanto, recuerdo a Cruz luchando infantilmente contra el color de su piel y no con la enorme responsabilidad de guiar a los jóvenes para que no se desmoronen, con grupos

de niños bajo su cargo, grupos de maestros y hoy sus hijos. Ese ejemplo es apenas un atisbo de lo que existe en nuestro interior pero suficiente para explicar el miedo a perderlos.

Antes de irme a la Normal para el segundo año de estudio le dije a mi padre que me perdonara y lo encontré desprovisto de su natural fuerza, estaba con los ojos abri-llantados por unas nacientes lágrimas cuando me dijo:

—¿Qué tengo que perdonarte? Cada día me enseñaste cosas nuevas y entiendo que cada día aprenderás más. Ve y no te acomplejes, algunos días serán duros y otros peores pero no hicimos en nuestra casa a ninguno para que fracase en lo que andan, contigo deseo que sea verdad que no hay nada que temer. Tienes la misión de vivir una vida buena y productiva, solo hazlo y ya.

EL ESTUDIO PARA ENSEÑAR

Cuando me fui al segundo año de la Normal, tenía un sentimiento encontrado que dificultaba la partida, quería quedarme y hacer muchas cosas en la comodidad del hogar y con los que me querían más y deseaba demostrarme que podía terminar un proyecto de futuro estudiando para ser profesor. Ya había comentado con mi padre sobre la seguridad que da hacer bien las cosas y estar respaldado por la opinión del que recibe el servicio que hacemos, y eso me lanzaba a creer, que dependía mucho mi futuro de la instancia recomendante.

Si a uno lo recomienda una persona, eso lo ubica en un punto para hacer otras incursiones, pero si quien respalda, es una institución educativa como la Normal, entonces se llega a otro nivel, de ahí que se empieza a considerar a la escuela, a la dependencia, a la instancia que nos forma, como un valor real en la vida del ser humano. Pocos hay que hagan un reconocimiento temprano para su Alma Mater, pero tarde o temprano se explica la trascendencia del hecho educativo y sus herramientas tangibles, que son esas creaciones sociales.

Sí resultan ser un elemento de movilidad social, que muy lenta pero inexorablemente transforma seres humanos, en particular familias y comunidades en especial y al cabo del tiempo, la historia de la humanidad. Comienzan a develarse incógnitas sobre lo que tenemos que hacer,

y muy pronto nos encontramos cuestionando al libro o al maestro al respecto de ¿Cómo enseñar lo que transforma al espíritu, antes que lo que obtiene ganancias económicas? ¿Cómo influir en los motivos para servir mejor, antes que en ganar más? ¿Cómo proteger antes que cobrar? ¿Cómo servir antes que recibir?.

Comencé a realizarme pensando en que al término de la carrera me respaldaría una verdadera fortaleza educativa, y así fue. Creí que tenía compañeros invaluable para constituirnos en un gran ejército de los enseñadores, y así fue. Tuve a la mano un humilde título de profesor, pero ya estaba en marcha mi propia transformación como ser maduro y de servicio a quienes lo requirieran y también las preguntas filosóficas hicieron su presencia: ¿Lo que ofrezco como enseñanza lo entrego de la forma óptima? ¿Soy didáctico?, eso está impregnado de pedagogía, ¿tengo maestría para realizarlo?

Con la necesidad de estudiar más y mejor, llegó el recuerdo de preguntas sabias poco consideradas hasta entonces. ¿Lo que enseñas, podría aprenderlo yo que no tuve escuela? ¿La forma en la que lo haces es la mejor que existe? Y pensé que aunque dependía de muchos factores para que aquello fuera un sí rotundo, me hice a la idea de que siempre tendría al mejor alumno en el mejor lugar posible y que yo actuando en esas circunstancias, tendría que ser el más activo y efectivo sujeto de la enseñanza, el mejor profesor: luché por ello cada día, aunque hasta hoy no lo haya conseguido.

Quedé en deuda con mi padre porque el necesitaba un licenciado en leyes, un abogado; con mi madre porque ella quería de mí un doctor, con mi familia porque necesitaban de mí un líder de negocios, con mi hermano Alonso porque él me veía como un gran deportista y yo apenas sería un humilde profesor y así en un sin fin de “pude haber sido pero no fui” hoy creo que era porque me quisieron mucho

más de lo que yo era y creían que mis cualidades daban para mucho más, pero al fin todos sabemos que se llega hasta donde corresponde y no más.

También digo que quedé en deuda porque cuando empezó a recaer en mí la responsabilidad de obtener un nuevo trabajo, nos pasó lo que a los arquitectos, hacen el mejor diseño y calculan tan bien los costos, que el empleador se asusta antes de empezar y algunos se asustaban porque sabíamos lo que se utilizaría, el tiempo y los costos y en privado le decían a mi padre que siempre no, aunque al tiempo estaban haciendo el trabajo pero con otro albañil. Ocurría igual cuando decíamos no saber el gasto total y el empleador nos vio poco preparados.

Es raro como la gente actúa en estos casos, pero perdimos trabajos por saber y por no saber y de alguna manera estaba mi presencia en esos fallidos contratos. Corrimos el riesgo y no ganamos el pequeño contrato y esa deuda fue acumulativa por cada periodo vacacional y sé que mi padre sabía dónde estaba el problema y aún así, nunca dejó de pedir mi pronóstico de gastos en cada lugar donde solicitaban el presupuesto de obra.

En este periodo aprendí dos lecciones en una, respecto de la amistad. Mateo era vecino y amigo de mi padre de muchos años y se ayudaban mutuamente en su trabajo. Contrataban a uno y el otro era el ayudante y luego permanecían periodos de tiempo retirados como descansando uno del otro y volvían a reunirse bajo la necesidad de ayuda de cualquiera de los dos y me tocó un día presenciar la invitación que les hicieron a los dos, pero en donde solo uno podía tener el contrato, estoy seguro que mi padre quería ese trabajo, pero antes de que Don Mateo dijera algo, mi padre le cedió el lugar al compañero.

Ese día regresábamos temprano a casa y le pregunté por qué había dejado algo que quería y que además ya teníamos en la bolsa y él me dijo:

–Uno de los sacrificios más valiosos se hace en honor a la amistad, esperó que muy pronto lo entiendas–, y sí, había pasado un par de semanas cuando recibí mi parte de esa lección, no fue sencillo pero me dura hasta hoy y cada día que pasa es más fuerte su convicción, y resplandece su fuerza de tal manera que quisiera enseñárselo a mi hijo primero, pero también a mis alumnos.

Ahora, antes de iniciar con un grupo nuevo, cuento en conjunto unas cinco historias engarzadas que provoquen un sentido moral a mis clases y entre ellas está la historia de uno de mis más grandes amigos, Javier, él venía de la sierra de Cuauhtémoc y coincidíamos desde que intentamos inscribirnos en la Normal. Caminamos más o menos juntos en el proceso que entonces duraba tres días de un periodo de 15 días de tensionante espera por los resultados de aceptación o rechazo.

Nos caímos bien aunque platicamos poco, nos saludamos con un gusto excluyente porque cada uno veníamos acompañados por un par de otros amigos de ese mismo periodo, conmigo venían Javier Núñez y Santiago Valdez, con él, Héctor Gutiérrez de Ojinaga y Raúl Ontiveros de Cuauhtémoc, entre ellos nunca se llevaron bien y no sé la razón, porque el único que no se quedó en la Normal fue Santiago y los demás tuvimos muchas ocasiones de compartir o bien clases en grupos afines, o nuestro gusto por el deporte.

Javier era un peleador de alto nivel, *Judo* y *Karate* bien practicado. Su padre un maestro de artes marciales y dueño de un gimnasio heredado de su propio padre, otro maestro de *Judo* y *Karate*, es decir que por generaciones traía la formación del *Karate*. Era un cinta negra irregular porque a los 17 años no se otorga cinta negra ni en *Judo* ni en *Karate* pero dadas las circunstancias él tenía esa distinción y nos hacía demostraciones de katas y movimientos especializados en el grupo cuando teníamos la clase de educación física y juegos organizados.

Todos sabíamos que estaba preparado para pelear, pero no usaba sus cualidades en mala forma, nos respetaba y lo respetábamos, hasta creo que nos cuidaba, aunque no lo necesitáramos y era más común que se interpusiera entre un conflicto físico con otros estudiantes y nosotros para evitar golpes que acaso llegara a golpear a un compañero, era más bien un símbolo de defensa que un poder de puños, era un tipo con un respeto ganado pero además, muy cuidadoso de su salud física, no peleaba.

En la Normal se estilaba, no se ahora, que los grupos de mayor grado dieran bienvenida a los de nuevo ingreso y sucedía especialmente entre los grupos de igual letra, así los de 2E hacían novatada a 1E, los de 3E repetían el juego y los de 4E hacían su parte para culminar en el baile de novatos en donde se amistaba a todos los grupos de la escuela, incluyendo las educadoras que eran los grupos “A” de primero a cuarto grado, era una buena forma de hacer amistades de larga duración en un periodo en el que los “cholos” se convirtieron en el dolor de cabeza de las mamás de ese tiempo.

Eran fiestas bastante bien aceptadas por los padres, y los jóvenes nos divertíamos sanamente porque terminaban temprano ante la amenaza del vandalismo imperante. Ese día 2E recibía a 1E y parecía haber justo el número de hombres que de mujeres, apenas se completaba para hacer las parejas de baile, el ambiente de fiesta era bueno, disfrutábamos y hacíamos sentir bien a los y las novatas, ni siquiera recuerdo con quién ni qué tanto nos divertíamos, era una fiesta suave y ya, pero se anunciaba su fin porque la Colonia Ferrocarril en Chihuahua tenía muchos cholos y querían entrar a nuestra fiesta.

Era alegre lo que sucedía dentro de la casa, pero preocupante lo que se avecinaba afuera, nosotros no queríamos que entraran y ellos querían ser parte del baile, la solución era que se acabara la reunión y punto. Así fue, pero

antes comenzó la discusión interna, todos le decíamos a Javier que no saliera, que se esperara un poco a que llegaran los padres por las muchachas y que saldríamos todos juntos, pero él se empeñó en lo contrario.

No sé qué tendría ese día, nosotros tratamos de detenerlo y él se aferraba a la idea de que éramos miedosos, que podíamos darles una lección y hasta hubo aventones y gritos de Javier para todos y de todos para él, no tenía prisa de irse pero quería salir, no había necesidad de pelear y estaba iniciando el conflicto con nosotros sus amigos. Pues salió y a gritos corría a los jóvenes pandilleros, más que alejarlos era una invitación a los golpes, era un reto de uno a muchos y vinieron sobre el envalentonado Javier. No pasó un minuto entre sus valentonas y la reacción de nosotros para salir a defenderlo y ocurrió el hecho con la lógica de la naturaleza.

Hubo golpeados, todos nosotros y hasta un par de novatas que se atrevieron a defendernos, pero a Javier lo mandaron al hospital con un par de costillas rotas, el tabique nasal y un brazo fuera de su sitio, un dedo del pie derecho quebrado y mucha sangre. Nosotros nos reintegramos el lunes a la escuela y Javier duró casi un mes en regresar a clases, algunos lo visitamos en el hospital pero no quiso que lo viéramos, habían cambiado muchas cosas entre él y sus amigos.

Regresó pero estaba resentido con todos los del grupo, no hacía distinciones ni con los que ese día no fueron a la fiesta, tenía mucho rencor con todos pero especialmente conmigo. Así me lo hizo saber cada vez que se presentó la oportunidad, ya no podíamos hablar con él en ningún momento, de ninguna forma, ni siquiera por trabajos de la escuela, equipos de deporte o algún evento institucional. Todo había cambiado y se sentía el hielo en el salón cada vez que nos acercábamos.

Lo peor fue que comenzó a saludarnos con una palabra sarcástica pero además soez. ¿Cómo están culebras?

—nos decía, y pasaba a sentarse, nunca en un mismo sitio. Nadie respondíamos, primero porque le concedíamos alguna razón y segundo porque no teníamos ninguna intención de pelear con él, pero cada vez, por lo menos en mi interior, se quedaba una frustración al recibir el insulto y al captar el sentimiento de decepción de su cara maltrecha y de la amistad no correspondida.

Mientras pasábamos los días aquello era más tenso, él entraba insultaba y se sentaba, ya no importaba si había un maestro o estaba libre de autoridad, echaba la seña y pasaba. Por un tiempo intentamos ignorarlo pero fue más contundente y directo. Se hizo un ambiente insoportable y los propios compañeros empezamos a dividir opiniones, como no podíamos hablar con él discutíamos entre nosotros, unos le concedían razón a su actuar y otros le reprochaban contundentemente, pero nadie se lo hacía saber.

Había pasado ya unos 40 días de su regreso al grupo y unas 200 veces de su saludo ofensivo cuando yo le solicité que no lo hiciera más, que era indigno de él y de nosotros continuar en esa condición y que dadas las circunstancias podríamos hablarlo, aclarar la situación y que nos disculpáramos con él por lo sucedido. No aceptando mis disculpas se paró frente a mí y volvió a decirnos esa palabra terrible “culebra”, y continuó, —especialmente tú, ¿cómo la ves?. Sin haber una respuesta de mis compañeros me atreví a decirle que era la última vez que lo decía y que yo me quedaba con ello.

Lo dijo, afortunadamente los compañeros intervinieron para que no estallar el pleito en el salón, sin embargo le advertí que solo por ellos no allí, pero que habría ocasión al salir de la escuela, y la hubo por la calle de la primaria anexa. Ese día supe la falta que hace el *Karate* y el *Judo*, regresé más o menos molido a la casa y sin quitarle un céntimo de las ganas de estar molesto e insultante. No tenía coraje ni vergüenza, ni siquiera mucho dolor, tenía tristeza

porque él había sido mi mejor amigo y lo estaba perdiendo a cada momento.

Otro día regresamos a clase y se repitió el hecho, ahora la cita fue en campo de futbol que existió junto al Tecnológico de Monterrey y el resultado fue muy parecido, me dio otra repasada de *Karate*. Debo decir que siempre hubo un buen amigo que nos separaba, porque yo ya estaba decidido a que eso terminara cuando él dejara de lanzar sus insultos. Pero no acabó y muchos días se repitió la ensuciada del pantalón. Llegó a comentarse no solo en el salón sino en la escuela la pregunta de: —¿Ahora en dónde se van a descontar a Loya?

Un par de veces fuimos a parar a la oficina de Martínez Peña, el subdirector de la Normal y a la pregunta de: —¿Qué pasó? Y la respuesta de: —nada—, hubo advertencias serias de expulsión. De suerte que no llego a eso pero mis prácticas de receptor de golpes tuvieron que mejorar sustancialmente, porque ni él dejó de decir, ni yo de levantarme y ofrecer el lugar. Él se hizo malo para pegar o yo muy bueno para defenderme porque comenzó a batallar mucho para ponerme una mano encima pero eso no le quitó la idea de lanzarnos su amargura.

Las cosas cambiaron radicalmente en el salón, había una protección para que no sucediera el pleito, hombres y mujeres se agrupaban para entrar todos juntos y evitar el encuentro generador del saludo, hacían grupo para que no viera cuando llegaba y se ponían en medio para evitar la diaria confrontación, pero aun así yo había adquirido la obligación que comenzaba a desbordarse con otros compañeros, y lo peor es que hasta con mujeres y era muy triste ver lágrimas en ellas y valor encorajinado en otros que teníamos que evitar porque aquel seguía siendo cinta negra.

Un día llegó y no dijo nada y aquel cansancio de verlo entrar, esperar su mirada y su insulto que ya se hacía regular, quedó suspendido en el aire y volteamos, creo que

todos, para ver cómo se llenaban sus ojos de un brillo de lágrimas contenidas, encontrándolo envuelto en sus razones. Me levanté y lo abracé y otros también se levantaron a compartir el abrazo y lágrimas, fue el maestro Campoya el que llegó y dijo: —¿Quién se murió?. Entre ligeras risas y no pocas lágrimas regresamos a nuestro asiento a comenzar una nueva etapa de vida.

No hubo necesidad de explicar por qué y cómo había pasado aquello, entendimos su sentimiento en aquel momento y entendió nuestras incapacidades de pleito contra los cholos, poco después él se enteró que sí habíamos salido y nos tocó un buen de golpes y muchos comprendimos que a un amigo no se le deja nunca, pero menos en los peores momentos y aunque esté equivocado. Hoy, a la distancia, creo que valió la pena las ensuciadas del uniforme porque aprendimos que el primer paso para arreglar problemas es evitar el pleito y esto puede lograrse con agrupamientos pasivos.

Treinta y cinco años después tengo amigos entrañables y él primero, las lecciones más costosas para la amistad nunca son tan caras como la enemistad y tener amigos exige dos o tres sacrificios.

EL JUEGO CIENCIA

Fui estudioso porque gusté del reconocimiento de otros, fui de buen nivel de calificaciones porque no tenía muchas opciones que me llevaran por otros caminos. En casa todos asistían a la escuela, en la comunidad todos coincidíamos camino a la única escuela que nos agrupaba y era bueno comprobar, que los mayores palmeaban a los dedicados o regañaban a los desobligados. Encontré fácil, que era mejor pasar desapercibido estudiando y haciendo tareas, que siendo notable y regañado por no hacerlo. No tiene mucha ciencia verificar que mi inteligencia de joven estaba bien utilizada hasta ese momento.

Cuando mi hermana Olga, que era más estudiosa que yo, entró a la secundaria en la que buena parte de la familia cursó ese nivel, ya iba precedida de una buena fama de estudiosa y dedicada, en lo que yo había participado bastante y que nos proporcionaba un cierto estatus estudiantil, aun éramos niños pero muy reconocidos, no sé si para bien o no, por la seriedad y comportamiento requerido por la escuela, por lo que los maestros nos daban un trato especial dentro de los límites de una escuela con poco alumnado y con mucho cuidado de su poca matrícula.

En realidad, después de todos estos años, entiendo que nos trataban igual que al resto de los compañeros pero como nos sentíamos a gusto en esa secundaria técnica, creíamos que había algo especial. Yo en segundo grado, mi

hermana en primero, transcurríamos entre muchos compañeros, que se convirtieron casi en familia por las horas de convivencia y las afinidades que compartíamos. Estábamos desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde y compartíamos además de clases, lugar de juegos y nivel de vida, una hora de lonche en la que se tejieron muchas pequeñas historias de los Loya.

En el grupo de Olga estaba Blanca, el veinteavo amor de mi vida, es que en grados anteriores, sobre todo en primaria yo ya había tenido 19 amores de mi vida. Lejana como todos los romances de pre adolescencia pero sabido por todos aunque yo creía que era un secreto desde luego que no lo era, porque unas veces le preguntaba a Olga por ella y otras a Carlos Mario, su hermano mayor, y que estaba en mi grupo pero además era plática compartida con Octavio Galindo (*El chorejas uno*) que por entonces era mi mejor amigo número 63. Uno va teniendo muchos mejores amigos por cada época y lugar.

Blanca Isela Jurado Wong es china si aún vive, pero entonces era la china más bonita del mundo y como dije, de quien estaba secretamente enamorado, pero difícilmente cruzaba una plática siquiera menor con ella. Era tan inalcanzable como mis propios miedos y tan inaccesible como la distancia que genera el desapego porque ella no se fijaba en mí.

Dentro de todas mis inseguridades esa era la peor y tenía que vencerla con algún argumento fuera de mis alcances, porque facultades histriónicas, lo que se dice artista no era y aunque a mi alrededor todos fueran iguales que yo, de eso no estaba consciente porque para los bailables yo tenía dos pies izquierdos, para el canto tenía la voz de co-torro, y para la poesía era experto apenas en algún párrafo de “Mamá soy Paquito, no haré travesuras...” y en fin, según mis pobres cálculos, estaba desprovisto de encantos varoniles para la conquista de aquella niña.

Tan oculto era ese enamoramiento que un día el maestro Isaías, que daba taller y era un amigo de mi padre, dispuesto a ayudarme, me dijo en un apartado del taller de carpintería: —Si te gusta tanto ¿por qué no se lo dices?, y como era sentimiento oculto yo negué todo, —decirle que a quién, —comenté—, y su risita señalante de que sabía todo me avergonzó y descubierto como me encontraba, me atreví a sincerarme:

—Es que no sé cómo, y dado que la risita estaba fija en su cara.

—Además no es cierto, —sentencié— y se acabó la charla orientadora.

Ese mismo día me mandó llamar a la biblioteca, que pegada a la dirección era como un lugar de regaños para los infractores y extrañado pero sin preocupación me senté frente a él con un ajedrez entre los dos y me dijo:

—El peón es la figura de menos valor de este deporte ciencia y sus movimientos pueden ser únicamente al frente y comen diagonalmente, el caballo tiene un movimiento de frente... explicándome detalladamente las reglas del juego y un poco de su historia, para interesarme en algo que ni sabía, pero además ni quería.

No jugamos ninguna partida porque no le entendí muy bien y porque ese era su plan, me mandó al salón y continué con mi vida de niño estudioso, al siguiente día o quizá al siguiente tiempo libre de él, me mandó llamar de nuevo y me dió otra explicación sin práctica de juego y sin mucha motivación para mi manera de ver. Esto ocurrió varios días de la misma forma, es decir sin jugar, hasta que él consideró conveniente entrar al siguiente nivel.

—Con todo lo que te he dicho jugaremos sin tocar las piezas, yo te platico qué muevo y a cuál lugar y tú haces lo mismo para ver hasta donde llegamos.

Realizábamos dos movidas en la mente, platicadas, luego tres, luego cuatro y así hasta 12 y volvíamos a

empezar, entonces acomodábamos el tablero y sus piezas como debían haber quedado y jugábamos la partida que invariablemente él ganaba. Me platicó que los grandes maestros ajedrecistas realizan hasta 20 movimientos mentales antes que uno físico. Me dijo:

—Pueden razonar tantas variaciones que dominan al contrario sabiendo en cuántos movimientos le harán Jaque Mate. No se trata de aprenderlo de memoria, sino de armar el rumbo de la partida según lo que creemos que el compañero realizará, se puede inducir al otro, lo que queremos que haga.

Ni soy, ni fui tan inteligente como algunos piensan, pero tampoco tan menso, él no me estaba enseñando a jugar ajedrez sino a pensar y a planear y me parece que logró lo que se había propuesto inicialmente. Ahora en mi turno, era obligación intentar lo que no había hecho por falta de recursos, no económicos, en eso estábamos parejos, recursos de maniobra para vencer los miedos, la vergüenza, la falta de experiencia y el desconocimiento de los atributos propios, es más, hasta el error de considerar que se puede ser ajeno a la persona en un lugar donde hay tan pocos estudiantes.

Pues bien, hice recuento de lo mejor que tenía, según mis cálculos era poco pero debería servir de algo y sirvió, es más, ha servido hasta la fecha. Mi mayor activo era la creencia de muchos, de que yo era sobresaliente en inteligencia y que una evidencia de ello son los dieces de la boleta, así que a razonar cómo hacer que esa creencia fuera capitalizada como mi mejor herramienta para introducirme con “otras personas” y pensé en la manera de hacerlo notar a “otras personas” sin parecer presumido por decirlo abiertamente.

Para ese entonces yo tenía la secreta satisfacción de saber mi calificación al terminar de hacer un examen, es decir, el recuento de los reactivos buenos y los malos antes

que el maestro revisara y calificara el examen. Podía prever el número de aciertos y adivinar la nota final. Ya sé que eso no es algo fuera de lo posible si se estudia para ese tema a examinar, que es bastante irrelevante adivinar lo que se ha de saber y que no presenta mayor utilidad, pero dije que era secreta satisfacción y yo jugaba con ello.

Como ejercicio continuo, cortaba una esquina de la primera hoja del examen y ponía en ella el número de aciertos y el número de reactivos a manera de una fracción y a continuación la calificación, que adivinada yo obtendría de ese ejercicio. Repetía el dato en el propio examen, justo en la ruptura de la hoja y guardaba la pequeña esquina en algún libro para pegar y comparar cuando el examen fuera calificado y devuelto por el maestro. Con un porcentaje muy alto de calificaciones adivinadas fui guardando exámenes con una esquina mocha y pegada en donde hay concordancia en los datos. Después lo afiné poniendo la fecha y alguna pequeña clave.

La cosa es que yo sabía eso y nadie más y llegó el momento en que no podía andar diciendo que obtuve un diez y festejarlo en casa, porque el asombro era un número menor que diez. Devalué los dieces porque obtuve muchos y porque era como obligación que eso ocurriera según su creencia de mí. Eso me dio una cierta claridad de vida en la que sobresale el hecho, de que alcanzado el dominio de una habilidad, se abre otra posibilidad de logro y el ciclo es interminable. Quien se da cuenta de este hecho alcanza su ciclo, lo rompe y va por otro, pero habremos muchas personas que no sobrepasamos algunos de esos niveles y nos quedamos, por decir lo menos, ignorantes.

Empecé por construir mentalmente el movimiento de un día de uno de mis compañeros, de una clase de uno de mis maestros, de un día de receso, de mi equipo, de los actos del chofer del camión en el transcurso de una hora o una travesía, de mi padre en un trabajo y por supuesto, pero

por supuesto de lo que hacía Blanca en la hora de receso para comer. Salida del salón, compañía, pasó por el espacio de jardineras, lugar en la fila de la cooperativa escolar, sabor de la soda del día, regresó a la saliente de cemento del laboratorio en donde se sentaba a comer su lonche y así, cronometrado hasta el regreso al salón de clase.

Tuve oportunidad de formarme en la fila de la tienda escolar, un lugar antes que ella y cederle el lugar, de comprar una soda en la que me había equivocado de sabor pero que curiosamente era el que ella iba a comprar y ceder ese refresco, de estar en el lugar donde se sentaría y darle el lugar y así por “casualidad”, coincidí muchas veces con su cara de china frente a mí y sin decir nada, hacerme presente. Hasta ocurrió que un día “sin querer” se me cayó una esquina de examen en la que había una clave de una equivalencia: $63/65=10$ Calif. CDEPB.

Parecí buscándola y ella la recogió, me preguntó por qué era tan importante y ensayada con anterioridad la respuesta, le dije que era una clave de algo, que después le explicaría bien, si todo salía como esperaba. Agregué que para explicarlo mejor lo conservara por un par de días hasta la entrega del examen y luego platicábamos. Ella no pareció mayormente interesada pero accedió y yo estaba plantado frente a una oportunidad basada en un plan, se cumplían paso por paso, las previsiones de cómo me acercaría a su interés.

Era un miércoles de mediados de mayo de 1978, sentado junto al laboratorio, en la hora de comida, cuando le enseñé el examen ya calificado y mocho para que uniera la esquina que me cuidaba, para continuar con la explicación y vi su genuino asombro, todo correspondía. Incrédula me preguntó que si tenía otros con lo mismo y mentí diciéndole que no, pero que el próximo y los que siguieran los haría igual. Entonces le explique la clave “CDEPB” con dedicatoria especial para Blanca. Agachó la cabeza y con mucha vergüenza mostrada por su cara enrojada me dijo:

—Tú también a mí.

Nunca pudimos noviar, la edad, las circunstancias, el tiempo, nuestra propia incapacidad de decidir por nuestros actos, hizo una amistad enamorada idílica pero nunca física. No tenía qué ofrecerle pero le di muchos dulces que Licha me proporcionó de su dulcería, no nos vimos fuera de la escuela ni horario de clases y fue la novia que no fue. Ahora entiendo que yo preparé todo y llegó hasta donde lo había planeado, pero que estaba destinado a quedar donde quedó, porque esa era mi circunstancia, lo que sí me llevé de ese proceso, fue comprobar lo útil del juego de ajedrez.

Ya en tercer grado el maestro de educación física me llevó a un par de torneos locales en donde gané a la federal y a la estatal pero no avancé a otros niveles, tampoco era mi circunstancia. Al maestro de taller le gané por primera vez en la biblioteca, junto a la dirección y escuche comentarios del director y del maestro de agricultura, Manuel Machado de la Rosa, que a la postre sería el director, inspector, jefe de sector en Juárez y figura importante en la educación secundaria del Estado:

—Ese muchacho tiene mucho porvenir hay que cuidarlo.

EL SEGUNDO CUENTO

La hija de niebla

Ese día era repetición de muchos días anteriores y con poco afán de que fuera diferente. Sudaba en el calor polvoroso del campo de beisbol con bola dura, porque han de saber que en mi niñez jugué en la calle, a un beisbol con pelota de plástico con poco aire y que como deporte de pocas reglas, era la delicia de incontables e inolvidables tardes fuera de la panadería de la colonia donde viviéramos en la vecindad de la calle Hidalgo. Al mismo tiempo era ayudante de “El peritas” en la venta de lonches “ahoga perros” (pan blanco con salchichón y mayonesa) que su santa madre nos ponía en cajas cuadradas de cartón y nos mandaba a vender por la larguísima calle Hidalgo, desde nuestra casa hasta la plaza principal y casi única de la naciente ciudad.

Las tardes de lunes a viernes, la venta era en la calle Hidalgo, pero el sábado y domingo en el estadio de beisbol “Angelón Núñez” y mi mejor momento de esos fines de semana eran cuando, vendidos los lonches, nos mandaban a recoger pelotas perdidas de las que encontrábamos dos o tres y nos robábamos una, por lo que yo me comía un lonche gratis, ganaba unos cuantos pesos por cargar las cajas y obtenía una pelota de beisbol casi nuevecita, que me convertía en proveedor para el equipo de “beis con pelota dura” que en algunas tardes jugábamos en el campo que existió junto a la “Redonda”.

Acumulé una buena cantidad de pelotas de beisbol y guardé una especialmente nueva, era la de mi destino pero yo no lo sabía, el resto las obtenía y las ponía para los juegos “De a de veras” yo no tenía guante, ni bat y aunque era bastante malito, supongo que por pequeño, me daban un lugar en la banca, por proveedor oficial de pelota “dura”. No tengo la cuenta de esas veces, pero estaba en primaria y andaba terminando el segundo de secundaria en las últimas ocasiones que me recuerdo de beisbolero.

Nos tocó jugar en el campo que hoy ocupa el edificio del PAN, justo atrás de la casa de Olga, donde en ese tiempo eran campos lejanos de la ciudad y se estaba trazando apenas, el lugar en el que estaría el Seguro Social; lo demás eran huertas de durazno y camino desolado, aunque limitado por un par de casas “ricas”, que eran la orilla sur de la ciudad. Eran mis últimos juegos de chavalito pero ya usaba mi primer uniforme patrocinado por “la bola”. Mi madre decía que era el hombre más guapo del mundo aunque usara mallas en lugar de pantalón.

Estaba estrenando una pelota especialmente atesorada, una camiseta con casi ningún partido jugado, habíamos ganado el juego contra una bola de mugrosos como nosotros y ya para retirarnos, fuera de juego y de mayor interés, como para ver qué tan lejos la mandaba el compañero del bat, se acomodaron tres: el pitcher, cátcher y el bateador; yo veía el evento y narraba el episodio:

Se balancea el serpentinerero, viere para la goma, el lanzamiento es una potente recta y el batazo poderoso se va de “favol” para atrás, para atrás y se fue.

Se fue a través de la barda y se escuchó el sonido del cristal al romperse. Los pocos que quedaban se fueron y allí estaba yo sin haber jugado, “sin compas” y sin pelota. No la había guardado tanto tiempo para perderla tan fácil-

mente. Rodeé toda la casona y toqué por la puerta principal. Me abrió una señora joven y bonita pero además sonriente y despreocupada, me llevó ante un hombre también joven pero serio y circunspecto. La pregunta fue seca:

—¿Cómo vas a pagar el cristal roto?

—Trabajando –contesté–, y teniendo la pelota en sus manos me dijo:

—Son 60 pesos, –tomé la pelota y quedé parado sin saber qué hacer, entonces se agregó ella. ¡Que delgada y blanca era!, ¡Qué absolutamente limpia se veía a un metro de mí!, pegada a su padre y abrazándolo a derechas, me observó de arriba abajo, empolvado, aterrado, sudado y desprovisto de toda fortaleza, me llené de una vergüenza tan terrible como la recuerdo ahora mismo. La señora advirtió mi condición y me salvó del embrollo, me franqueó un vaso con agua fresca y me dijo que regresara cuando juntara el dinero y que sin apuro volviera para platicar cómo fue que ocurrió ese penoso “accidente”. Prometí volver cuando juntara el dinero, y tenía que ser pronto, no fuera a ser que sin el vidrio le pasara algo a esa pobre familia.

Como muchas veces trabajé limpiando charolas en la panadería, vendiendo lonches en la Hidalgo y haciendo mandados o boleando zapatos para regresar al siguiente sábado a dar abono de mi muy considerable deuda, me recibieron la señora y la jovencita que desde siempre me miró como si buscara mi sombra no proyectada en el interior de esa enorme mansión, me invitaron a sentarme y de nuevo me tocó agua fresca, ahora de piña.

Mientras, la joven, miraba cada vez más hasta el alma, ella me interrogaba como psicóloga sobre quién era, dónde vivía, qué escuela tenía, cómo me divertía y todo de mí, yo iba apaciguando mi vergüenza de infractor y me crecía el deseo de estar, pero de tener lo que ahí veía, conocía el otro nivel de vida y nacía mi deseo de convertirme en alguien como el que en esa casa vivía y aunque yo no pregun-

taba sino respondía, iba sabiendo que para estar hay que ser y tener.

Le entregué el dinero que llevaba, lo contó y me lo regresó levantándose del recibidor en que nos encontrábamos y me hizo un encargo que aún cumplo. Compras un jabón y un desodorante, te bañas y te pones lo mejor que tengas y nunca te presentes a un compromiso sin que cumplas con el ritual de la limpieza, consideraré que me diste un abono a la mitad y cuando completes el resto vuelves y luego hablamos. Posteriormente dijo:

—Hija, encamínalo a la puerta y despídete de este apuesto joven que estoy segura, será un gran hombre.

Sin hablar me encaminó hasta el portón y antes de despedirse me entregó una mariconera que no abrí hasta llegar a casa.

—Yo estoy en la academia, me dijo, y tengo 14 años, pronto cumpliré 15 y me gusta el deporte del beisbol, pero solo verlo porque juego tenis.

Como informe era más que suficiente, ya me había enamorado, ¿qué más necesitaba saber si ya había mirado sus ojos y su pelo y su rostro y su esbelta adolescencia y un sinnúmero de pequeñas partículas únicas ya integradas a mi cerebro desde ese día?

Cuando llegué a mi casa estaban mis dos hermanos mayores con mi madre, di parte de cómo me había ido, abrí la mariconera y disfruté como nunca, el aroma a lavanda de un desodorante y un agua de colonia. Uno comentó que ni me hiciera ilusiones, el otro se burló un poco y acercándose me dijo al oído, que si ya había comprado el jabón que me bañara y mi madre, con voz muy clara sentenció:

—Hay hijo no empieces a sufrir todavía. Pero sí, desde ese día soñaba despierto, me revolví en mí, pensando cómo hacer para estar en donde no podía ser que estuviera.

Volví al siguiente sábado con otro pequeño abono y fui recibido, ahora por cuatro personas y el perro, me

sentaron a la mesa con ellos y comí algo parecido a un estofado, casi tan sabroso como el chile colorado con tortillas de harina de mi madre. Comí de frente al hombre y pude ver que apreciaba mi esfuerzo por cumplir con la limpieza, con la seriedad y con el pago, nuevamente me interrogaron y nuevamente sentí la mirada que ya nunca dejaría de ser. El señor recibió el dinero y sin contarle pasó a manos de la señora, luego me despidieron y mandaron que la niña me encaminara a la salida.

De los cuatro que me recibieron uno era el joven que ahora sé, era el hermano de ella, me invitó para el otro sábado a practicar su deporte favorito –dijo–, y nos dirigimos a la salida. De pronto ella dijo:

—Estoy aprendiendo inglés y quiero que vengas a mi quinceañera. El próximo sábado cuando veas a mi hermano te doy la invitación, ¿te gusta leer? contesté: —A mí sí, ella continuó:

—Si un día me regalas algo, que sea un libro pero que no sea de matemáticas, no me gustan ni en película, y mira que el cine me gusta mucho, ¿cuáles películas te gustan?

—A mí las de historias y de piratas, también me gusta el baile de grupos y los juegos de mesa.

Y yo escuchaba su monólogo tranquilo, su plática pausada y bajita me decía todo lo que tenía que saber. Ahora yo la miraba profundamente y ella lo sintió. Después me lo confesó.

Su padre nos alcanzó en el portón y me entregó un sobre que me dijo no abriera hasta llegar a mi casa, y así lo hice. Contenía el dinero que yo había llevado y un billete canelo de 100 pesos además de una nota garabateada que decía:

La deuda está saldada, me dio gusto conocerte, siempre serás bienvenido en esta casa. Atte. Martín Jaime Mayer y familia, y firmaba.

Era el dueño de *Casa Mayer* del Estado de Chihuahua y funcionario en ese entonces del gobierno de Oscar Ornelas Kuchle.

Fui un sábado a jugar con el joven Mayer y conocí cercanamente un deporte de exclusividad que jamás practiqué, la esgrima, él era bueno en el rarísimo deporte, yo simplemente jugué a los espadaos y él se divirtió y yo también. Corrió la invitación para otras veces pero yo no estaba ahí por eso, de sobra sabía que mi necesidad de verla ya nunca quedaría satisfecha. Ella se presentó a entregarme la invitación de la fiesta de 15 y yo la vi y ya no me acuerdo de mí.

Si hiciera el recuento tendría que ser de ella y ese sentimiento no cabe en todos los libros que se puedan escribir aunque se resuma a una sola palabra, pero además estaba por iniciar su ascenso porque para entonces se perfilaba su fiesta de cumpleaños.

Sobre cómo se vuelve uno loco sin razón aparente tampoco se puede abundar en un papel, sin quedar siempre corto y sobre cómo cambia el mundo alrededor del adolescente habrá quien lo diga mejor, no había cambiado nada, solo yo, estaba enamorándome hasta el olvido del ser.

Al llegar a casa ya solo mi madre fue receptora de mí y mis sentimientos, con ella convine todo lo que siguió después, en relación con esa muchacha. Me compró una camisa blanquísima que yo atesoré como nada en el mundo y me hizo, en su máquina, un pantalón verde olivo de una tela parecida a la “terlenka”, me puso a bolear los zapatos hasta quedar blancos de brillo donde había un color negro desgastado y me vistió cada vez que se necesitó, para medir el atuendo con el que me presentaría a la fiesta. Nada podía fallar y en efecto, nada falló.

Cada vez que en secreto me hacía una prueba, terminaba diciendo lo elegante que me encontraba, me hizo sentarme, pararme, acostarme mil veces para maravillarse conmigo y para asegurarme el impacto de lo que yo estaba

consiguiendo y por primera vez me dijo que no me cortara el pelo, que así me quería “mechudo” hasta el mero día de la fiesta, que no estaba tan próximo, pero que llegó como chispa y nos encontró apurados de último momento.

Compré un libro de Og Mandino, “El ángel número 12”, que mucho tiempo después leí y releí, y lo compré al azar, sin saber qué llevar de regalo, porque habiendo buscado algo de piratas no encontré sino un folletón viejo de Emilio Salgarí, que también leí y que era buenísimo pero viejo y deshojado, nunca digno de regalar para una quinceañera. Así ensayando cada paso, dispusimos doña Bertha y yo, con el “¿Cómo estaría el 2 de junio en presencia de todo un grupo social?”

Fue mi madre quien me hizo conciencia que yo no me presentaría con una niña, sino con todos los que rodean a una niña y al último, habiendo pasado la prueba, con la persona que iba a ver. Licha participó con este proceso y creo que no se enteró sino hasta que llegaron las lágrimas, mucho tiempo después. Mi madre le dijo:

—A ver, enséñale un paso de baile a este muchacho, que no parezca tontito donde se ofrezca que asista a una fiesta, hasta en un bailable de tradición puede necesitarlo.

Entre Yedo mi hermano y Licha me hacían bailar una canción de Juan Gabriel que Ludi tenía en un disco de acetato, de 45 revoluciones.

La única de la familia que hacía ahorro era Olga, así que usurera como siempre fue, me prestó con intereses un par de billetes de cinco pesos y todo estuvo listo, para que en secreto de mi madre y yo, pero con la participación de muchos, asistiera a una fiesta en la casa de los Mayer.

Llegada la fecha, simplemente me levanté temprano y a tijera, mi madre me arregló el pelo despacito, midiendo cada corte y cada peinada, me rasuró cuidadosamente el cuello, me revisó las uñas y me mandó al baño, te bañas como nunca y te lavas las orejas me dijo.

Fui a una fiesta rara donde había de todo lo que yo imaginaba y mucho más, me recibió el joven Jaime y mirándome de arriba abajo como extrañado de cómo me veía me invitó a pasar y me dijo: —Deja en esa mesa el regalo y vente con otros compas que ya llegaron. No dejé el regalo y ni fui con él porque afortunadamente los señores padres de ella me salvaron y repitiendo la revisión, me hicieron saber su admiración de cómo me veía, eso me hacía sentir seguro y secretamente orgulloso, y me llevaron a una mesa donde había un par de jovencitas y otros niños, supongo que todos eran familia.

Fue más bien una cena de adultos donde las cosas estaban dispuestas como una reunión pequeña y la recepción era familiar, nunca sencilla, no fue algo menor, pero tampoco un protocolo de vestido blanco y zapatilla alta y todo eso que se estila en una quinceañera. En un salón grande de la propia casona había espacio para unas 40 familias y se llenó de gente extraordinariamente bonita y elegante, hubo muchos jóvenes pero más gente grande, sí se bailó pero como algo espontáneo y no preparado. La música fue dada con una pequeña orquesta muy de etiqueta pero tocaba de todo.

Conocí a seis o siete amigas de ella y tres o cuatro amigos de él, todos me trataron perfectamente bien y no hubo distinguos de ningún tipo, bailaron muchos pero pocos sabían hacerlo y de alguna manera yo estaba en mi elemento, seguro, elegante y feliz porque el apartado de los invitados en jóvenes en un lado y adultos en otro, me ponía donde mejor podía estar. La fiesta fue así porque habían acordado que en lugar de fiesta le regalarían un viaje a España y eso ya tenía hasta fecha precisa, sería en vacaciones de verano, ya muy próximo.

Tuve oportunidad de entregarle el libro y platicar por horas con ella, solo interrumpidos por pastel, brindis, cena y por el propio equipo de amigas que más de una vez le dijeron algo que para mí fue como bendición:

—¿Desde cuándo son novios? ¿Por qué no nos habías presentado a tu novio? ¿Él es el chico que nos habías platicado? ¿Ya se te declaró? Y así cosas que la avergonzaban un poco, pero parecían no importarle tanto.

Alcanzó la tarde para saber cómo nos encontraríamos después e hipotetizamos más de media docena de lugares y tiempos para coincidir cuando pasara este día de profunda y serena felicidad, platiqué con ella como para saber toda su agenda y que supiera todos mis movimientos en una semana, platicamos de libros, escuela, gustos y hasta bailamos un par de piezas musicales que más bien fueron plática, tropiezos y risas. Si, por supuesto que le pedí que fuera mi novia y también me dijo que sí, que sus papás no la autorizaban aun, pero que sí quería.

Su madre se acercó y nos abrazó como muy familiarmente en un momento de compartir el pastel y bien recuerdo sus amable palabras:

—Te agradezco que le des tanta alegría a mi hija y espero que exista una compañía perdurable entre ustedes por mucho tiempo y que en conciencia de sus primeros afectos atesoren en su corazón el valor de la amistad hasta el más alto punto y del amor si tuviera que ocurrir. Y sí, sí ocurrió.

Llegada la hora, la gente comenzó a retirarse y nos fuimos quedando solos en la mesa, y aun con mucha gente reunida, yo como cenicienta debí retirarme. No hubo despedida ni mayor efusividad, simplemente un, nos vemos mañana. Agradecí a la pareja que nos despedía en la puerta y caminé entre y sobre nubes de algodón hasta la casa, que estaba retirada pero que no me significó ningún esfuerzo. Mi madre me esperaba a la entrada de la cocina y cuando vio mi enorme sonrisa de satisfacción solamente me abrazó y dijo:

—Que así siga, —y continuó lavando trastos.

Fueron cuatro años de dispar noviazgo, en el que no gasté dinero pero sí todo el tiempo que disponía, fue

un amor apacible y constantemente al alza, que me hizo conocer cinco lugares especiales de mi ciudad y fue la claridad en mi interior de la conciencia de amar. Descubrí la biblioteca municipal, la sombra circunstancial de los árboles de la plaza “chiquita”, el frescor de “el pozo” en la plaza “grande” y el trayecto hasta el cine “imperial” y a más de su interior. Disfruté la ternura de besos adolescentes primero y jóvenes después, y encontré la posibilidad que nos da la naturaleza, de no ser solos.

No le enseñamos a nadie una relación simple de pareja, no me presentó a sus padres aunque ya los conocía, no hice amistad con el “cuñado” que alguna vez saludé en la calle y en mi casa no existe el menor recuerdo de ella, la única que la conoció fue mi madre cuando nos encontramos en la iglesia mormona que está junto a la Escuela Primaria Marcelo Carabeo, porque era una familia de esa religión. Fuimos una pareja desconocida por la familia pero amistamos con la bibliotecaria, con la boleterera del cine y los boleros de ambas plazas y apenas si fuimos un par de veces con compañeros de escuela a las tardeadas de “los faroles”, siempre en fiestas de escuela.

Pude apreciar el gusto por caminar alrededor de algo, por platicar largamente sentado en un solo punto, disfruté lo mismo un día soleado que frío y sufrimos muchas veces de las tardes con polvaredas que en Casas Grandes abundan y con ella me inicié como lector asiduo de un solo escritor y puedo creer que lo único y siempre molesto fue tener que separarme de ella por los tiempos irremediablemente perentorios, con poco tiempo por vez, independientemente del número de horas, planeábamos para ese día, lo llevábamos a cabo y volvíamos a empezar. El ciclo total fue feliz, compuesto de pequeños ciclos también felices, hasta que un día dejó de ser.

EL FIN DE LOS NÚMEROS

Estaba en la Normal y mi mejor amigo número ocho era Alfonso Arroyos Torres, tenía la edad de 16 y me dedicaba exclusivamente a ir a la escuela y a estudiar, tenía el mal de la lectura y estaba contagiado de la poesía, no había obligación de ayudar en la casa y vivía en el internado, sin familia en Chihuahua, aunque acompañado por una veintena de otros normalistas, mis actividades diarias eran pocas y rápidas, aun no estaba en la selección de atletismo por lo que la aplicación de horario me daba para la lectura hasta el desvelo y hasta para lo que escrito en tinta y papel, llegara a la cercanía de mis dominios.

Una idea, buena o mala, puesta en un libro bajo mi resguardo, era motivo de estudio minucioso hasta el agotamiento y entonces llegó repentinamente pero se fue acomodando de poco a poco en el espacio ya ocupado por mis gustos y mis preferios, hasta que no hubo manera de desecharla. Se lo platiqué a Alfonso y prendió tal entusiasmo que entramos en un remolino de preguntas, que amenazantes, producían horas y horas de plática contundente y acumulativa, solo aligerada en tanto la lanzáramos al aire de la tarde en camino a su casa o entre las clases escolares, a riesgo de ser reprendidos.

Alfonso vivía en “La Dale”, yo en “La Ferrocarril” con una distancia de aproximadamente 8 kilómetros de distancia en la ciudad entre ambas colonias, tramo que ca-

minábamos en inacabables pláticas al respecto de la resplandeciente nueva idea que nos hacía parecer locos. Ni yo podía llegar hasta su casa, ni él podía quedarse en la mía, así que caminábamos hasta un punto central suficientemente lejos para ambos, “La Penitenciaria” era ese lugar central y sus bancas de plaza en el parque de enfrente, el descanso obligatorio de nuestra caminata. De allí yo me regresaba, al internado y él seguía hasta su casa.

Dos jóvenes, uno más greñudo que el otro pues él tenía el pelo “Afro”, discutiendo por hasta dos horas, en la tarde que se hacía noche y de frente a la cárcel de la ciudad, no podían verse menos que sospechosos y más de una vez llegó la policía por aviso de la guardia del penal, para resguardar la seguridad que se veía amenazada por un par de muchachos portando ideas y analizándolas sospechosamente, por fortuna, aun preguntaban antes de apresar a una persona y eso valió para que comprobaran nuestra condición de estudiantes pobres y para que ya solo pensarán que estábamos locos, lo cual muchas veces lo salva a uno.

La ocupación de tiempos y lugares, era la peregrina idea de que los números no eran infinitos como afirmaban sin pruebas algunos maestros, muchos compañeros y un cúmulo de revistas y libros que hacían valer el hecho por común, pero no por científico, que nos llamaban mentos por preguntar y no entender, locos por recibir respuestas y no creer, y desubicados por gastar tiempo de juegos, estudio, deportes y hasta de noviazgo por algo tan obvio.

Qué extraña forma de tener un mejor amigo, pero ahí estaba la idea que se hacía afirmación, que llegaba a conclusión por agotamiento del tiempo para analizarla, más no por estudio profundo que nos iba convenciendo de su veracidad por insistencia y repetición de los mismo argumentos, y porque los tiempos empleados fueron siempre insuficientes aunque totales, nos desgastábamos en ello y nos mostraba la forma en que los grandes científicos son

absorbidos por el remolino de la búsqueda del conocimiento.

Habíamos encontrado un filón muy rico en el saber, hasta creo que Poncho se hizo matemático justo entonces y mi caso fue más tardado pero igualmente dirigido a esa ciencia. Comenzó una búsqueda frenética aunque deficiente, de las razones de la infinitud de los números y nuestras repuestas en contario. Conjuntamos cada uno por su lado y luego juntos, la mayor cantidad de libros, folletos y revistas a nuestro alcance, que hablaran sobre los números. Buscando conceptos matemáticos encontramos mejor y más profundamente la matemática.

Comenzamos con el argumento de la incapacidad humana de contar todo, lo cual agotaba la infinitud, dijimos que al hombre no le alcanzaba el concepto de número y sus nombres de las cantidades, para empatar lo que existe con un concepto de su cantidad representativa, dijimos que todo tiene un límite y los números también, mencionamos los infinitésimos que es lo más pequeño considerado por el entendimiento y volteamos a ver el cosmos suponiendo que se acababa en algún punto del espacio, en fin, avanzamos mucho en la dirección hacia la finitez de la realidad.

Cada día durante muchas semanas creció nuestro convencimiento de que había fin en los números que hasta llegamos a pelear (más él que yo) con maestros como Campoya, porque descubrimos que sabían menos de lo necesario para probar una verdad matemática pero nunca menospreciamos su sabiduría y el interés de ayudar, aunque era evidente que no podía contrarrestar nuestras dudas más o menos fundadas, con un conocimiento contundente de la teoría de la infinitiez, es decir que ya no estaba fácil que nos convencieran solo por la intuición de alguien que tuviera hegemonía sobre nosotros.

Tal vez lo que más nos convencía de nuestra razón, era la incapacidad de los que nos rodeaban, de mostrarnos

un argumento contundente, hoy entiendo que muchas personas saben pero no pueden demostrarlo, muchas personas no saben y tratan de imponer sus creencias, muchas personas no desean demostrar aunque lo sepan y en fin, lo más seguro es que quien busca, está bastante solo en sus indagatorias.

Se nos presentaba la oportunidad de escribir un libro con aquello que más y más nos convencía que era cierto. Afortunadamente también llegamos a la conclusión, de que no podíamos proceder a publicar algo que no fuera contundente, porque caeríamos en el mismo error, de tratar de imponer argumentos más por fe que por la lógica de la ciencia misma. Ya solamente teníamos que ordenar las proposiciones que habíamos formulado y tamizado en muchas horas de discusión y análisis y con una breve reseña histórica. Produciríamos cosa buena.

Pero Poncho lo vio primero, ahí estaba el pequeño libro amarillo que más bien parecía un bolsilibro sin mayor trascendencia, costaba 120.00 y no podíamos comprarlo ni juntos. Debimos repartirnos el costo y pedir prestado para su compra, además echamos a la suerte la primicia de su lectura, él ganó y lo llevó a casa para durar la enorme cantidad de 3 días. Desesperantes, porque desde el segundo día se acabó todo el entusiasmo agrandado por meses, y se acabaron los planes con la fría conciencia de haber construido sobre ideas erróneas.

Yo leí el libro con la ligera sospecha de la decepción, y sí, sepultó desde sus primeros renglones, toda la ilusa creencia de meses de trabajo excluyente de otros agrados. Lo leí en un fin de semana, dos días totalmente abortos en su lectura, que me dejaron serio por muchos días. El lunes que nos encontramos en la Normal, solo atinamos a comentar, aunque no éramos “mal hablados”; que Isaac Asimov, con su libro de “La historia de los números” nos había partido la m.... *mandarina en gajos*.

Empezaba lo bueno del libro mencionando el *Googol* y el *Googolplex* como los pequeños números con que se puede contabilizar el universo, hablaba de agujeros negros y Cuásares, explicaba la historia de lo finito y lo infinito, mencionaba a Einstein, Oppenheimer y Max Plank, entre otros y al propio Asimov como divulgador de la ciencia, y hacía un balance sobre temas matemáticos de *Límites y Análisis Numérico* que sobrepasaba nuestro nivel matemático pero con mucho. Se caía no en pedazos, sino desmoronado todo el castillo debidamente construido por el par que fuimos.

El golpe fue liberador, muy duro pero lleno de aspectos de madurez, nos volvimos más serios, respetamos de manera más profunda a quienes lanzaron comentarios al aire, nos adentramos en un proceso de búsquedas del saber en el que no se queda uno al pie del informe inicial, sino que pregunta con mayor énfasis sobre los niveles de dominio que existen y comienza uno a tomar decisiones no democráticas, de si existen muchos que piensan igual o si existen muchos pensamientos distintos, pero todos con su cauda de importancia. Creo que nos envejecimos un poco dentro de nuestra novatez.

Mi padre conoció a Poncho y siempre me preguntó por él como el científico, no pude saber que era lo que tenía de científico pero siempre admiré su valentía de preguntar desde lo simple (muy simple), hasta lo que conseguía el asombro de propios y extraños por lo profundo de su razonamiento. Hacía cosas muy valiosas de lo que le gustaba y desechaba gustos deportivos y de conjunto que lo hacían verse desadaptado, su comportamiento polarizante me lleva a considerarlo aún lejos, un entrañable e inolvidable amigo.

Lo más memorable de su cercanía con la matemática y mi propio sentido de las cosas fue una frase que dijo, yo creo que casi lloraba entonces: “Siempre he creído en los

números y sus ecuaciones lógicas que nos dan razón para explicar la realidad”; porque muchos años después de estar tristes y compungidos por creer que los números eran finitos, en una película biográfica sobre John Nash, volví a encontrar ese pasaje que se le atribuye como frase célebre: “Siempre he creído en los números, en las ecuaciones y lógica que llevan a la razón”.

A veces uno encuentra su destino por el camino que tomó para evitarlo, y creo que a Poncho le robamos un poco de su destino. El no debió ir a la Normal porque era más que un normalista, pero sí era un maestro en lo que le gustaba, no era mejor para atender niños que para entender la ciencia, no era mejor para tener una plaza bajo la hegemonía de un líder sindical que para observar la política y el poder desde un ángulo a veces incomprensible para uno. Tal vez por eso México lo perdió como ciudadano valioso y fue a parar en un país que lo comprendía mejor.

EL MEJOR MAESTRO

La clase que recibiríamos no pudo ser en el salón regular, había que pasar al laboratorio y en esa dirección fue todo el grupo. Era la primera del segundo año de secundaria y el maestro era nuevo en la escuela, todo era inicial, hasta la entrada al laboratorio, porque construido dos años antes, a primer grado no le tocaba química y nunca lo habíamos utilizado. Así nueva fue la consigna del profesor: – Aprenderemos los elementos químicos desde el uno al 103, con sus nombres, símbolo químico, valencia y peso atómico... en una semana.

Cuarenta años después, aun puedo recitar todos los elementos químicos en orden y acomodarlos por familia y periodo, recuerdo su número atómico y su peso atómico, puedo comparar la electronegatividad y algunas cosas extras y sucedió en una semana, no puedo atribuirlo a mi extraordinaria memoria, soy bastante malito para recordar, algo mágico tenía ese maestro que me gustaría encontrar en mi camino como docente. Aun y cuando he tenido satisfacciones por manifestación de agradecimiento de mis alumnos, siento que nunca obtuve la magia de mi profesor de química, nos decía cosas que se tatuaron en nuestra mente y nos dirigía a encontrar el valor escondido en los hechos.

Sin perder tiempo en la química del laboratorio, nos enseñó cosas de la dignidad humana, de la esencia que refleja la persona; lo comparo en cada circunstancia en la

que hay un aspecto moral de la vida, porque diseñaba la clase con un cuadrado en el cual acomodaba por lado un aspecto de la vida: ¿qué debo aprender? ¿por qué? ¿para qué? ¿cómo? Y volvía a empezar: ¿cuánto debo aprender? ¿para cuánto? ¿qué tengo que hacer? ¿a quién ayudo? y así, hasta el cansancio.

Nos decía que en algún momento, en alguna respuesta, en la atención de nuestra mente a un elemento de lo que se vive, está la razón suficiente para que valga la pena realizarlo y si vale la pena el esfuerzo, no existe nada que pueda impedir su logro. La mayor parte de las veces no respondíamos a todo lo que preguntaba, pero poco a poco íbamos quedando amarrados a la magia de conocer. Algunas ocasiones era una respuesta, una idea, un número, un dato o la propia pregunta y en el proceso teníamos algo que parecía llenar nuestro joven espíritu.

Fue uno de los primeros que escuche decir: ¿qué necesita? Y tras responder a esa pregunta determinaba “Dé-selo, lo va a usar; y lo va a usar bien”.

Muchos años después, estaba presentándome por primera vez en la escuela donde me asignaron una plaza en Juárez y en suerte, coincidía con Demetrio, un amigo desde ese momento hasta hoy, que nos hemos visto viejos y canosos. Yo enseñaba al director de esa secundaria mi carta de presentación como maestro de ciencias naturales, él como conserje, aunque yo no lo sabía. Estaba presente otra persona para ocupar el pequeño espacio que hacía las veces de dirección, así, con un testigo, el director nos preguntaba el motivo de nuestra visita en su escuela y los dos respondíamos al mismo tiempo. Caballero, como siempre ha sido, don Demetrio me ofreció el lugar y dado que yo hice lo mismo, tendimos a la vez la carta de presentación al director y reímos de la circunstancia, él explicó que era conserje y yo que era maestro de ciencias naturales, entonces el director sentenció con absoluta seriedad, que por la condición de

los dos, me atendería primero y al terminar a él. Teníamos que revisar el número de horas del nombramiento, los grupos y clases, las horas y los programas, los materiales didácticos y más... fue entonces que Demetrio propuso que le indicaran dónde había una escoba y el regresaría después de que yo saliera.

Nos pareció una idea correcta y el director agregó, que hiciera de una vez la lista de lo que utilizaría para hacer su trabajo. Demetrio se regresó de la puerta y dijo: necesito 20 kg. de jabón en polvo, una cubeta de 20 litros de pinol, 20 mts. de franela, 8 escobas, 10 trapeadores, 4 tinas, 80 litros de *Windex*, y... pero la autoridad lo detuvo y dijo que lo verían luego, que por lo pronto se dirigiera a conserjería, tomara la escoba y barriera el patio. Cuando el hombre salió de la oficina surgió el comentario con una naturalidad de inmediatez. Ese hombre está loco por lo que pide, pues ni que fuéramos almacén y nos reímos un poco.

Luego surgió la magia de aquel maestro de mi tiempo de secundaria, porque el hombre que antes mencioné como testigo, intervino con este comentario: —Si me permiten una opinión, dele a Demetrio lo que pidió, lo va a usar y lo va a usar bien, ¡suda trabajando!, y yo deseé que hubiera un testigo de mí, que expusiera como por Demetrio algo de mi alta importancia. Debí pedir un cañón, una computadora, un proyector de acetatos, un circuito cerrado de TV para dar mis clases y todo el material didáctico que necesitaba y solo se me ocurrió solicitar un buen gis y un borrador, además de las listas de asistencia.

Cuando comencé a amistar con Demetrio y lo vi trabajando en nuestra escuela, supe la razón de aquella frase dicha una vez por mi maestro y repetida 15 años más tarde. En verdad esa persona sudaba trabajando. Caminaba un poco arrastrando sus botas de hule y mientras escuchaba los pedidos de los compañeros movía su franela en una interminable acción de limpieza, los baños olían a fresco

pinol desde temprano hasta la hora en que salíamos de la escuela y cada pizarrón tenía, aun en su desgaste, un aspecto de recién pintado.

La clave parecía ser: usar bien lo que le dieran, porque en lugar de alguna queja siempre teníamos un reconocimiento a la extraordinaria labor de Don Demetrio. Algunas veces nos preguntábamos en corrillos de maestros ¿Cómo sería un país con políticos con la cualidad de nuestro conserje?. Y por alguna secreta vergüenza, en actividades docentes nos vimos obligados a ensayar el estilo de aquel compañero, que en lo poco demostró siempre mucho, y no necesitó imponer su voluntad, porque bastaba verlo trabajar para desear ayudar.

Aquel maestro que a veces pronto y a veces no tan inmediato, nos influenció con sus preguntas y con sus frases profundas, ni siquiera célebres, aun me impele a cuestionarme sobre ¿dónde está la magia? y deseando ser como él, he gozado el beneficio del reconocimiento de mis alumnos, pero no encuentro una guía efectiva para especializar sus formas, no tengo recuerdos totales de lo que hacía y lo que bien se me quedó “tatuado”, no puedo explicarlo como una guía de procedimientos, a duras penas señalo el empate de cuanto nos dijo, con algún hecho circunstancial como el de mi amigo Demetrio.

He pretendido ser un testigo, tras alguno de mis alumnos para decir, al ofertarse una beca: “Désela la va a usar y la va a usar bien”, es una promesa joven. Lo he realizado en un equipo de deportistas, en un grupo de artistas, oradores, etc. y yo mismo me desprendí, más de una vez; de algo propio y deseado, para que entrara en mejor utilidad con un elemento humano digno de nuestra esperanza y más allá de ello, he ido convenciéndome de que todo ser que nos rodea, merece la confianza de darle lo necesario para que sea la medida de su propio éxito.

El maestro de química, de secundaria fue mi mejor maestro número 1 porque me hizo consciente del valor del ejemplo, pero luego vinieron otros mejores maestros en otros tiempos y en otros niveles y puedo decir que tras la experiencia, de descubrir la influencia determinante de una persona en nuestra vida, recorre uno su memoria hasta la niñez más inicial y ahí están los otros mejores maestros anteriores y ocupa uno un agradecimiento por todos aquellos con los que nos tocó compartir el tiempo y el lugar.

Y como segunda prueba, de la razón escondida de este valor, para convertirse en el mejor maestro, cuento lo que a muchos nos ocurrió a lo largo de la docencia y tal vez de otras profesiones, y por la cual cada uno es, aunque no reciba el reconocimiento: el mejor maestro. En el transcurso de 7 largos meses atendiendo un grupo de primer grado de primaria, ya con la cara enjuta, seria y preocupada de muchos padres de familia, que advertían a sus hijos mudos de lectura, vi a la maestra de ese grupo, tensa y acongojada comentando su frustrante: “ya es marzo, vienen las vacaciones de semana santa y éstos aun no leen” (comunicación personal, inicial del nombre y primer apellido, fecha). Me consta su dedicación con el Método Global de Análisis Estructural para realizar materiales, ejercicios y prácticas lúdicas, buscando llevar a un grupo de 25 niños de entre 6 y 7 años a la aventura de leer. Infaltable a clases, puntual siempre, atenta con las tareas y el apoyo familiar. No participaba en otras comisiones escolares porque lo medular era la lectura, no descansaba los fines de semana por hacer los “frisos y letras”, absoluta dedicación “hasta el suicidio”, decía mi madre, y entonces llegaron las fechas de semana santa.

Regresamos al trabajo y para que hiciera crisis la situación, a los pequeños se les olvidó todo, no leen, no cuentan, no cantan, no saben nada de lo trabajado antes de vacaciones, los padres preocupados, reclaman la mudez

de sus hijos y la profesora se enferma y pide una incapacidad médica para calmar su estrés. Lloro su impotencia y nos plática su desazón, su desventura y su necesidad de repensar lo que ha hecho en todo el ciclo y lo que pasará si continúa en ese nivel de tensión profesional.

Entonces llega la maestra interina, por dos semanas. 10 días de trabajo cambian de encargado en ese salón, un día falta la maestra porque tenía que entregar documentos en la inspección, otro día llega tarde porque no sabe muy bien cómo llegar a la escuela y un día no hay clases porque realizaron el Consejo de zona, el resto del tiempo atiende profesionalmente a su grupo, juega con ellos y participa de una reunión con padres que al igual que hicieron con la anterior maestra, brindan su apoyo para lo necesario.

Ha ocurrido que Juanito se soltó leyendo, María entiende todos los anuncios de la calle, Carmelita está tan contenta con la nueva profesora que cuenta el libro de cuentos sin ayuda de nadie y se desata una ola de pericos lectores que dan muestra de un despegue tremendo entre marzo y abril como no se esperaba y comienzan a desfilar los padres de familia para agasajar a la maestra sustituta, con regalos y presentes de todo tipo, que prueban el agradecimiento por ser la salvadora de cada hijo, antes perdido en la bruma de la ignorancia.

Ya se fue la interina y ha llegado la maestra de base, se encuentra con que todos leen y agradecen a la que les enseñó a leer y le hacen sentir un poco fuera de lugar. Yo no me pregunto qué ocurrió, tampoco me apresuro de decir que la interina era muy buena y la de base muy mala, entiendo que fue un proceso de maduración que llevó al grupo por la senda que correspondía y que circunstancialmente un sujeto estaba presente cuando explota la semilla a ese elemento. Le toca ver germinar lo que otro sembró, pero el trabajo ya se había hecho.

Tal vez fué mi caso con el mejor maestro número 1 y no me recuerdo lo sembrado por otros, quizá eso mismo les ocurrió a los de la historia de aprender a leer y nunca sabrán cómo ocurrieron las cosas, pero tengo para mí, que mientras tengamos el valor civil de reconocer lo que la sociedad, el gobierno, la familia, los amigos o quien sea, han hecho para construir la persona que hemos llegado a ser, siempre tendremos al mejor maestro en el que por suerte nos toque conocer en cualquier ciclo y escuela.

EL NADADOR

Mi hermano Yedo fue mi mejor amigo, el número uno, aunque él nunca quiso serlo, yo solo era su hermano menor. Las circunstancias y su posición en la familia lo hicieron un luchador increíble, a los diez años de mi vida tomé conciencia de lo que significaba para todos, pero especialmente para mí. Estudiaba en la Secundaria Federal, trabajaba en la panadería como repartidor ayudante del *Águila* y tenía una novia muy bonita, no puedo imaginar qué mejores cualidades necesitaba para ser mi enseñante y guía, porque además, a él sí le daban permiso de ir al río a nadar.

Cuando pedía permiso se escondía de mí, porque nunca quería llevarme, y la respuesta de mi madre era terrible: —Sí, si llevas a tu hermano; por lo tanto, mi ocupación era, mientras él estaba en casa, andar siguiéndolo a todas partes, yo creo que usaba en su favor esa veneración que yo le profesaba, porque no me trataba mal cuando necesitaba salir más lejos de lo habitual. Sus salidas en tiempo de calor eran al río, que no estaba muy retirado ni caminando a pie, que era la forma en que íbamos.

El Río Casas Grandes tuvo mejores momentos que hoy, no sé si en los 70's llovía más o del nacimiento del río, detenían menos su corriente, pero entonces tenía mayor caudal, no tanto para considerarlo un peligroso río pero suficiente para saber que llevaba agua para nadar en

él. La acequia Madre también estaba constantemente llena y además, cualquier charco grande era lugar de balneario para nosotros. Yedo pedía permiso para ir a nadar y yo lo acompañaba a fuerzas, él me daba mis *bachones* para prometerle que me acomodaría a sus órdenes y yo le decía a todo que sí, con tal de ir.

Conocí del río, a lo largo del tramo que atraviesa la ciudad, unos cuatro presones, construidos sin mucha ingeniería, pero bastante estratégicos para los agricultores y ganaderos que colindaban con sus aguas, así, en alguna de la partes del río, que atravesaba las huertas Blanco y a donde nosotros recurriamos, por más cerca; era el lugar de alberca de uno de esos presones. Era un recodo que represaba el agua contra una pared natural, en donde había profundidad gradual desde una playa de unos 100 m. de largo, hasta un lugar de unos 5 m. de profundidad.

En ese doblez de río se conjuntaba el cemento de un metro de alto adaptado para echarse clavados, un espacio rectangular arenoso para patear una pelota y la parte profunda para bucear, los que mejor nadaban.

El lugar de buceo, ya profundo, antes de hacer orilla con la pared natural, tenía ramas muy grandes, de álamos que cercanos al río, quedaban parcialmente cubiertos por el agua represada, de tal manera que, sobresalían del nivel del agua, brazos grandes de los álamos a una distancia de aproximadamente 10 m.

Yedo y algunos de sus amigos buenos nadadores, iban y venían desde la playita hasta los brazos semi cubiertos de agua, del sombreado recodo del balneario natural y muchas veces, más por no cuidarnos, que divertirnos, nos llevaron hasta esos brazos salientes del árbol y nos sentaron en sus ramas. No sabiendo nadar, rodeados de agua con una profundidad de 3-5 m., permanecíamos por horas entre sentados, colgados y agarrados como changos, mientras los mayores jugaban *fut*, se echaban clavados o simplemente nadaban.

Nosotros matábamos indios, llorábamos un rato, a veces nos peleábamos, a veces platicábamos un poco, chapatábamos agarrados de las ramas, pero prisioneros de los cocodrilos, porque estábamos avisados que en dirección a la otra orilla, a unos 4 metros de las ramas, había ballenas como niños y peligrosos cocodrilos de la profundidad. Era el castigo por querer acompañar al hermano mayor. Llegamos a estar prisioneros hasta 7 chavalos, hermanos menores de los adolescentes que sí nadaban y a los que daban permiso sí paseaban al menor.

Olvidados por horas, medio disfrutábamos del paseo al río, pero no pasó mucho tiempo en que comencé a hacer intentos de soltarme de la rama y nadar a la parte más corta, hacia la orilla contraria, poniéndome en peligro innecesario. Hubiera sido más fácil aprender desde la playita, aun solo, que en la sombra de los álamos, trepados en sus ramas que eran la isla del pirata, así pues, les di un par de sustos, como castigo por su abandono. Aprendimos a cruzar 3-4 metros de la rama a la orilla y de regreso y nos desaparecíamos por ratos para que nos buscaran entre gritos y lágrimas. Luego aparecíamos, nos daban un par de coscorrones y habiendo pasado la prueba, nos integraban al primer equipo, nunca pasó un accidente, por lo menos que yo me enterara y gracias a Yedo aprendí no solo a nadar, sino a esconderme entre lo profundo del agua y los ramajes de los álamos, de tal manera que se dieron buenas preocupadas hasta 10 jóvenes, que buscaban y buscaban mientras yo me divertía observándolos.

Por la tarde, al regreso, caminábamos entre el agotamiento y el hambre con un verdadero suplicio, porque siempre estuvo más lejos de regreso que de ida y Yedo aprovechaba para explicarme lo malo de andar en el río a mi corta edad.

Ya en la casa y comidito de sopa y frijoles, la explicación tan convincente quedaba de lado y yo estaba de

nuevo listo para ir a donde Yedo fuera, venía el pleito anterior al permiso, un par de malas caras pero sin la vergüenza suficiente para que me dañara su rechazo, ahí estaba ya siguiéndolo de nuevo.

Esto tiene repetición en mi memoria, pero nunca fue definitivo, siempre existía un elemento que cambiaba la experiencia, yo lo aprendí de Yedo y lo ocupé con Alonso, de quien fui su mejor amigo pero él solo fue mi hermano menor y sé que Yedo lo fue de David y lástima, él no tuvo hermano mayor; no estoy seguro de cómo fue entre mis hermanos, pero podría jurar que con sus bemoles, pero muy parecido. Y esta escalerita de hermanos nos enseñó a ser familia, en donde esos ejemplos era una mínima muestra de todo lo demás.

Recuerdo a Yedo sangrante de la nariz por haber intervenido en uno de los eventos de mi vida y me recuerdo lastimado de una pierna por haber intervenido por Alonso y recuerdo a David levantando el pie hasta la cara de alguien por la defensa de Yedo y recuerdo a Ludivina como hermana mayor, dándose a sí misma por todos sus menores hermanos y más lejos aun, dando lo que de ella queda, por los hijos de sus hermanos y hermanas, hasta la veo con los hijos de los hijos y si alcanza vida, por los que siguen.

Con Yedo aprendí a manejar en la troca de la panadería, en algunos sábados que lo acompañe a las entregas, me costó muchos regaños y gritos, pero cada vez que se hizo sábado, me invitó de nuevo entusiasta. Aprendí las razones de no fumar, cuando en un regreso del río, me encontró en medio del humo que producía *El chilacas*, mi mejor amigo número 5, yo no estaba fumando, pero no me quedaron ganas de volver a hacerlo. Me dio un par de jalones y me ofreció que si me veía con un cigarro, me lo tragaría prendido y pues no creí necesario llegar a esa condición.

Me quedó pendiente agradecerle sus enseñanzas, me quedó pendiente regresarle un poco de lo que soy por él

pero como decía mi madre, yo no lo veo de muerto, siento que está de viaje y mañana llega ¿será que aún lo esperamos? o será que construimos el edificio de nuestra vida sin mayor vocación que vivirla.

Solo espero que mi mayor deuda con tu recuerdo no llegue a ser solo que me enseñaste a nadar. Te recuerdo y te perdono por haberte ido.

LOS QUE SE FUERON

Unos días hacemos lo mejor, otros lo máximo pero hay tiempos en que abonamos para nuestra muerte y nada más. En esta compleja existencia necesitamos distraernos de ella para enfrentar la complejidad de nuestra propia unitaria existencia y lo que hoy quisiera con ese calor húmedo de lágrimas, ese aroma a años y tiempo de vida, es un abrazo de mi madre y nada más. Si esto fuera posible y rompiera el repetitivo circular movimiento de la naturaleza, podría explicar quién soy con la facilidad de poder explicar el que no soy.

No fui un árbol ni la mascota querida de nuestro ya disperso grupo familiar, no soy la construcción ni el campo en que vivimos, no soy los elementos naturales que cíclicamente abrazan nuestro cuerpo, tampoco fui los que ya se fueron y por todo ese complejo de otros, he sentido y seguiré experimentando una relación de corte, en tanto se acercan o se alejan. Quiero crearme el centro de ese interminable acontecer y en realidad estoy en la orilla, como la parte más pequeña de lo que conforma el cosmos. Si acaso, un ser que se hace consciente y valora lo que le rodea, por lo que le hacen falta para *Ser*.

Así nacimos:

Así nos fuimos:

*Papá, Yedo, Alonso, Mamá, Oscar de Licha,
Oscar de Olga, Edgar, tíos, abuelos,
suegros y cuñado*

Así nos juntamos:

Así nos separamos:

Cada uno con la historia última por contar y con la tristeza de entregarlo a otro nivel, como el caso de mi padre, con el que inicio estas despedidas.

Él empezó a vivir y no tengo sus recuerdos de vida tan bien identificados como los de su muerte. Aprendió paulatinamente y sin querer, a irse quedando sin vida delante de quienes estábamos a su alrededor. Empezó con dolores de cintura y con visitas obligadas al médico, después a los tratamientos consecutivos y a las recuperaciones posteriores, a una intervención y una quimioterapia, al esfuerzo doloroso de una alimentación mal aceptada.

Esta vez el bastón no era muestra de su vejez sino de su dolor, tras muchos años de llevarlo dentro, el cán-

cer había enseñado sus garras y alcancé a ver en sus ojos, la tristeza de una despedida que no quería ser. El hombre robusto y café que quedaba atrás, y me abrazaba la delgadez de su última operación. Aún prometía castillos para el futuro aunque sabía que tendría que construirlos en el cielo.

Él nunca fue un hombre provisional, se otorgó a plenitud y vivió a pesar del cáncer, y jamás perdió la saludable costumbre de la esperanza, por lo que aprendió y fue especializando su condición de mortal, porque además, su muerte no era cosa de él y mucho menos de nosotros, era de otro nivel y entendido el hecho, cuando llegó el momento, él decía que aún iba a levantarse, pero sabía positivamente que tenía que hacer sus encargos y empezó por hablar con cada uno a la vez.

No estoy tan seguro de qué tan completos estamos cada uno de nosotros, porque con mi padre se fue una parte de cada uno de la familia y todos comenzamos el camino hacia nuestra propia entrega final. Nadie tiene más o menos tiempo asegurado en el mundo, tenemos obligadamente que ir pasando por esos eventos de nacer y dejar de ser, con esos intermedios de apresar y soltar, que según la distancia sensible a lo que nos rodea, nos duele a morir o nos duele vivir pero de que duele, duele.

Cuando Yedo empezó a enseñarnos que estaba en camino de irse, unos lo advirtieron otros no, tal vez la que primero lo supo fue mi madre y rezaba porque no pasara pronto. La fe que profesaba fue muy grande porque se lo regresó con vida muchas veces y esperó hasta que fue preciso y ella estaba aislada e inmunizada para resistir el puñal del dolor de madre. Él aprendió poco a poco la forma de irse y un buen día sin avisar, sin enfermedad aparente y sin nosotros, se fue y sin despedirnos nos dimos por enterados que ya no estaba.

Creo que nos hizo más daño el dolor del de enfrente que nuestra propia tristeza, nos hacía melancolía pura lo

que dejaba sin explicación satisfactoria más que el vacío de hermano y desde luego con él se fue el porcentaje correspondiente de espíritu familiar que nos distingue, cada uno aportó su parte de él que ya no estaría con nosotros y vimos cómo nos quedábamos vacíos de nuestro hermano y puedo entender que le llorara más el que más le debía. A mí me paso lo que a Alonso con mi papá, me dolía el pecho pero no podía desahogarme.

Pasamos un tiempo cuidándonos unos a otros a ver cómo estaba cada uno. Lo dejamos tan lejos y tan inalcanzable como el olvido por distancia. Todos queríamos mucho al hombre que decía: —¿Cómo estás *Oulga*?; y sin embargo se fue, que su significado no nos ha vuelto a unir como los que van quedando en Casas Grandes. Sus hijos están en Chihuahua, pero da la impresión de que teníamos que entregarlo y ya, y caímos en una especie de inconciencia que abandona sin mucho remordimiento.

El que de plano sí arrancó una fracción grande de cada uno de nosotros fue Alonso, no avisó, no tenía programado dejarnos, tenía muchos pendientes, era el que más unificaba lo que estaba quedando de la familia, era el que más falta hacía en el corazón de sus hijos, su esposa y de nosotros mismos. No puedo entender cómo se le ocurrió que tenía que dejarnos, él no se fue, nos abandonó, se me hace que en algún sitio vieron sus cualidades para unir almas y le dieron el cambio obligado.

Aunque no nos dijo adiós, sabemos que se fue, pero porque no nos dijo adiós, es que aún no se ha ido. Es difícil anular el pasado, la muerte nos enseña pero su producto es inaceptable, quizá por eso todos debemos aprender lo mismo, pero cada uno solo, así, con cada uno que se va, tendríamos que querernos más los que nos quedamos y sí... pero no. Con todo y eso, no se aparta de nosotros solo porque no está, su escueto saludo al llegar, nunca más podremos borrarlo, su permanencia serena para escuchar, aún nos

acompaña, posado tras el respaldo de la silla o en el quicio de la puerta.

Parece que octubre solo sirvió para que algunos se adelantaran a la muerte pero llegó noviembre y se llevó otros con la tristeza de octubre y entonces se presenta diciembre con su fría melancolía a recordarnos que no son los meses, sino los corazones dolidos, porque no estarás en esta navidad y mientras pasan los años cada contemporáneo se convierte en una victoria de la familia pero tenemos que convenir en que debemos cumplir 30, 60 o más, porque solo así empezamos a ser conscientes de que alguien sigue de irse.

Recuerdo cuando Alonso estudiaba en la Normal Superior y venía a casa para platicar de todo y nada, notaba siempre en sus ojos la admiración cargada de preguntas con que escuchaba lo poco que sé de política. Hace días vi una estampa que me conmovió hasta los huesos. Un hombre joven miraba a su maestro mientras dictaba cátedra de algún tema, era notable el ambiente de atención por uno y de sabiduría por el otro. Yo encontré de pronto que esos dos éramos tú y yo pero hoy falta en este par el que tenía sabiduría de escuchar.

Desde que ya no estás con nosotros es cuando más estás, la melancolía de tu ausencia es presencia permanente. Donde sea que te encuentres comparto tu ligero espíritu cada día hasta que llegue el momento en que juntos, otra vez yo esté para escuchar lo que tengas que decirme. Entonces estaré y estaremos en una célebre *juntación* y vendremos contigo en el saber de tu experiencia jamás contada.

También, sin poder expresar su dolor multiplicado por los que habían partido antes, mi madre entregó a su compañero y dos fracciones de su corazón y como nosotros, nos vaciábamos de ellos, ella se agotó como con toda la carga de su ausencia. Nos hizo saber que aprendía a morir-

se con cada uno que se iba y dio oportunidad de que todos le dijéramos adiós, deseando que no se fuera.

Si existiera una palabra que define a mi madre sería sacrificio, ya casi no existe como nació pero tenemos la idea de qué es quitarnos algo. En la actualidad se interpreta como pérdida, como dejar algo sin el cual no podemos vivir, en un mundo en el que podemos tener todo, pero sacrificio al modo matriarcal, que distinguió a la mujer que nos dio la vida, significa victoria porque es por voluntad, lo hizo por alguien de nosotros cada vez y sacrificó algo por quien amaba más que así misma y eso equivale a una apuesta por la felicidad del otro.

Con todo, su sacrificio no hizo desaparecer el dolor de la pérdida, pero ganó la batalla contra cualquier amargura que atenuara la luz, sobre todo lo que vale realmente la pena. El amor que nos mostró era un fruto de su realidad que no existe en la naturaleza.

Se construye con sacrificio y dolor, es un hechizo creado por el costo de nacernos. Ella era real, ni todo oscuridad, ni nuestra, ni ajena, no pronunciaba palabra que no entendía y la vi llorar por nacer un nieto y por entregar un hijo. Desafiaba la esperanza y tenía genuina gratitud por cada uno de sus hijos, reclamó luz y reclamó oscuridad. Guardó silencio y dijo, que era de las que sabían cómo permanecer.

Un día dio un aviso de su ida en una embolia inicial, pero se recuperó un poco para seguir su aprendizaje del camino que le tocaba. Nos concentró en una atención que nunca pidió y que siempre tuvo y luego vinieron unos pocos días en que llegó a ser niña y se fue como había vivido, con el pudor intacto de su cuerpo. Ella dijo que ni de reina volvería atrás y lo cumplió con creces, a pesar del dolor, siguió su camino a morir.

Dicen que cuando una persona muere en tus brazos, tu acunas su espíritu por un buen tiempo, yo no estuve presente en su muerte y sin embargo me he llenado de su esen-

cia inmaterial y me da la impresión de que al igual que los que se van se llevan algo de ti, también se quedan dándole significado a tu tristeza, es un equilibrio de la vida donde fluye interminable el vacío y la completitud. Mi madre se fue cuando fue preciso, se agotó su cuerpo y se marchó tan delgada y frágil como una buena intención.

Cuando la dejamos en su descanso último, estábamos convencidos de que se veía bonita, de que estaba en paz, nos habíamos convencido de que se cumplió su tiempo y que más sería condenarla al sufrimiento de una muerte interminable. Muy guapa ella, nos recibía desde su sueño y así quedó, dormida para entonces, para cuando todos estemos reunidos otra vez, ella solo fue de visita a saludar a los que se adelantaron y a preparar la recepción de los que aprendamos a morir en el tiempo que viene, unos primero y otros después.

:

LICHA

Las personas nunca valoran igual las cosas, ni siempre, es debido a que, y eso es una creencia personal, la experiencia valoral es progresiva, acumulativa y exclusiva. Depende del tiempo, el lugar, las circunstancias y de la persona. Eso lo aprendí, no tan bien como quisiera, en mis tiempos de viajero entre Casas Grandes y Chihuahua, me lo hizo presente mi hermana Licha, con cada vez que regresé a casa y debí partir de casa circunstancialmente por mayor responsabilidad.

Un día antes de ir a la Normal, mi madre me dijo para conseguir el dinero del boleto del camión, ve con Licha a ver si tiene y que nos preste y como sí, se convirtió en la prestamista de todas las vueltas que debí hacer en cuatro años y en mucho tiempo después. Ya, en cada vez que fue preciso, me encaminaba de la Obrera a la Villahermosa y le hacía aquella visita comprometedora, que culminaba con un “¿Me prestas para irme?”. Y un “déjame ver cuánto te acabalo”, sufría delante o no de su esposo Oscar, para darme algún ahorro siempre escaso.

Entre ella y Oscar habían ido creando un negocio de dulces que les daba para mantenerse y para dar, siempre dar a los demás que necesitábamos. Compraron, cuando el resto de la familia no, un poco a poco de lo que hacía falta para mejorar su casa y sus cosas, y con mucho sacrificio, trabajando de temprano a noche, encontraron una forma

de vender, repartir, y crecer lenta pero paulatinamente en aquel comercio floreciente para su tiempo.

Eran empleados al inicio y después dueños, eran esclavos de un local y lo que apiñonado cabía en él y durante años siguieron siendo esclavos. Crecían y obtenían, pero no se liberaban del yugo de horario insalvable. Licha sentada en un rincón frente a la caja registradora y Oscar creando armatostes que a manera de muestrarios, sostenían la dulce mercancía, Licha haciendo equipos de niños vendedores y Oscar repartiendo, Licha vigilando y sosteniendo el imperio que crecía y Oscar acrecentando el capital. Hacían buen equipo.

No era fácil que yo entrara al equipo, porque no aportaba ni una ayuda a mover un chicle y aunque Oscar jamás me dijo un no, yo sé que entre ellos mi presencia no era en absoluto, cómoda, hasta creo que habrán estado serios por mi culpa. Qué difícil me resulta aquilatar el servicio prestado por Oscar, a través de mi hermana, a quien pagaba con un par de horas de mala plástica y nunca jamás, con un “te los regresaré en cuanto pueda” y así, sin oferta futura por el puro compromiso de hermanos, ella hizo lo que tenía que hacer.

Mi hermana leyó en su esquina de dulces y no fui para regalarle mi propia experiencia lectora, acumuló canciones de lo romántico de esos años y nunca le regresé una serenata de lo que nos empataba en gustos, solo sé que acumulaba un orgullo oculto por su hermano estudioso, al que le crecían alas de libertad y más y más se alejaba, sé también, que sus sueños estaban vivos aunque sus hijos los frenaran un poco y por consiguiente, yo apenas le podía generar una idea, de que se podía algo mejor.

Tuve una idea del sacrificio que hicieron todos, en mi favor, pero no reaccioné lo suficiente para granjearme sus esfuerzos. Pensé que era muy remoto el tiempo en que podría resarcir la deuda contraída y se llegó el tiempo y

tampoco realicé lo que ha estado en mis manos, para cubrir los honorarios de cada uno. Así como me fui, igual no regrese: tan cerca y tan lejos, tan familiares y tan apartados, tan queridos y tan olvidados.

He vuelto por temporadas y mi hermana Licha existe, es real y sobrevive a sus circunstancias, está en la misma casa que visitaba para pedirle y ha jubilado sus máximas obligaciones (sus hijos) para contraer otras (sus nietos) y se ha enrolado en otras canciones y en otros libros, pero su sola presencia me vuelve a enseñar la voluntad de vivir, su actitud positiva ante la vida y que por sobre todas las adversidades es fantástico dar, no importa cuánto se tenga, hay que dar.

Quizá un día yo pueda terminar la carrera de estudios para ser al menos la mitad de Licha, sin grado académico pero con una cultura del esfuerzo a toda prueba, sin grandes diplomas y haciendo que otros obtengan medallas de oro, sin ostentación de ser y haciendo que otros sean. Yo no tengo suficientes palabras para dar valor a lo que hizo mi hermana por lo que yo soy, pero estoy claro, que de lo que he obtenido, en apariencia por mis cualidades de estudio, un 10% soy genuinamente yo, el resto se lo debo a mi familia y a otros y especialmente a esa entrañable hermana.

LUDIVINA

Antes de viajar por las partes a las que me llevó la vida y mis circunstancias, fui compañero de Ludivina, por las circunstancias de ella que ya mayor de edad no se liberaba de su condición de muchacha de casa y tenía que sentirse protegida por un hombre, en sus obligaciones sociales. Estuve en Juárez cuando Ludi visitó a su amiga “Gela”, viajé a Gómez Farías cuando Ludi fue a casa de “Taliza” y estuve de compañero guardaespaldas de mi hermana cuando fue necesario que la señorita se paseara y que no fuera sola.

Qué tan segura podría considerarse mi hermana mayor en compañía del hermano casi menor, no lo sé pero ella contaba conmigo y yo contaba con ella. Lo que yo necesitara podía pedírselo a Ludi y en un acto de mamá buena, ahí estaba la caja de 12 colores de la bruja de blanca nieves y la caja grande no cualquier cajita. Ludi, la trabajadora de la familia a edad temprana, ha sido por generaciones, la proveedora de esta casa y se quedó muchas veces endeudada en su trabajo, por conceder a los no pocos hermanos menores que ella, o sea a todos, lo que fuera necesario.

La parte unificadora de la familia fue mi madre pero en cada decisión de alto nivel le preguntaron a Ludivina sobre su opinión y su deseo, así que lo que se hizo fue, con mucho, gracias a la intervención de Ludi. Cada cosa que se edificó desde siempre, tuvo que ver con la mamá de

sus hermanos, la mamá de sus sobrinos, la mamá de los hijos de los sobrinos y en fin, con la mamá de todos, que es la misma persona y que a pesar de los años conserva la misma tendencia inexplicable de apoderarse del corazón del más pequeño.

Ludivina es una maestra que no enseña claramente las cosas, porque no se puede explicar cómo con su sueldo humilde le alcanzó para hacer y proveer a todos los hijos que deseó tener, porque para asombro de propios y extraños, se le pegaban como piojos hasta los que nada tenían de parentesco con nosotros y lo peor es que no se le puede reprochar que nos quitó el pan de la boca por dárselo a otros; tal vez el error de Ludivina consistía en dar cariño hasta a los más malagradecidos, que hemos sido muchos, pero como tiene un ángel de la guarda que la protege, hasta eso le ha salido bien.

Esta hermana mía me llevó a nadar a la alberca porque ella tenía que nadar y sus programas no podía o no quería hacerlos ella sola. Nos llevó a la “Turbina y al Ojito” porque a ella le gustaban esos espacios y movió a la familia alrededor de sus iniciativas y aunque no fueran tantas las veces que estaba en sus planes, porque se repartía en todos, tengo en la memoria una especie de liderazgo uno a uno que movía a todos los de la casa e incluso a los de otras casas pero siempre con amigos.

Todos perdimos un poco a Ludi cuando se casó y se fue a vivir a EEUU, pero como la historia nunca contada, se fue y en un momento regresó, no tengo ni siquiera una idea del tamaño de ese momento, pero ahí estaba de nuevo con la casa alrededor de ella, apenas si recuerdo las pocas lágrimas que le vi a mi madre cuando no tenía a su hija y la cara sonriente cuando ésta regresó, dos grandes eventos como repetidos, la boda con todos contentos, menos mi padre y mi madre y el regreso con todos extrañados menos mi padre y madre.

La vida de Ludi siempre ha sido “acarrear a casa” de todo y especialmente gente, sus amistades y provisiones que las hace familiares, lo que hay en casa parece no tener sello de propiedad privada y así como entrega las llaves de su casa al que sea, así usa las llaves de las trocas del que sea para que se haga lo necesario. Es una especie de socialismo momentáneo en el que la propiedad es comunal y empezando porque ella pone a disposición de todos todo lo que tiene, determina como usar lo de todos en función de los que ahí estén.

Al que no le gustó ese sistema viene visita y se regresa a lo suyo, pero siempre queda el sabor de pertenecer, cuando uno está en ese equipo, siempre es agradable traer y saber que es de todos y llegar sin nada y saber que hay poco pero para todos. Eso prosperó en todos pero no en todas partes, porque aunque estuviera bien en la casa de todos, no fue lo mismo en las familias de cada uno, de manera inexplicable, funciona ahí, pero no siempre fuera de ahí.

Por todo lo anterior, encuentro fácil decir que de los sistemas políticos del mundo no me parece tan extravagante el comunismo, lo aprendí de raíz con Ludivina y de teoría en algún libro que no fue significativo. Curiosamente, aunque no vivamos en ese sistema, nuestra casa fue como una cápsula de funcionamiento socialista entre una serie de principios capitalistas que nos ayudaron a tener por fuera y a tener por dentro, en función de un liderazgo invisible encabezado por Ludivina.

LA CAJA MISTERIOSA

Me llamó Yarik Lupulp y tengo 12 años, estoy feliz porque me gané una computadora en un concurso deportivo del trabajo de mi papá.

Justo ahora me parece que mi familia me liberó de un enorme cargo de culpa que mantenía mi ánimo por los suelos.

Parece que con este premio estoy pagando dos años de miradas de reproche y de silencios acusadores de todos en la casa, hasta del bebé, que nada tenía que reprocharme.

Yo tenía 9 años apenas cumplidos cuando nos reunimos en la sala de la casa para planear la compra de una P.C. que sería compartida para cada uno. Mi papá la ocuparía en su trabajo de ayudante de arquitecto pues es un dibujante de planos, mi hermano mayor, que entonces estaba en preparatoria la usaría para sus tareas, mi hermana mayor, estudiante de inglés, haría traducciones y mi mamá para hacer un archivo de recetas.

Por supuesto que yo tenía planes mejores para esa máquina increíble. Conseguiría todos los juegos de guerra, de carros, peleas, de dibujo y de todo lo que significa diversión y jugaría y jugaría toda la tarde de todos los días. Hasta los domingos.

Mi papá pondría un ahorro semanal en la caja misteriosa, llamada así porque tiene un mecanismo de doble

tapa que gira hacia dentro y no permite que salga el objeto que entra hasta que se abre una pequeña puerta con la llave y que nadie, pero nadie sabía de su ubicación. Mamá cooperaría con otro tanto de la cantidad que aportara mi padre y el resto de la familia nos abstendríamos de gastar en casi todo para completar rápidamente la enorme suma de 400 dólares.

A mí me encargaron la llave, que aún conservo en lugar seguro. Y todos firmamos el plan que duraría 4 larguísimos meses.

Comenzamos a juntar el dinero y la primera semana se ahorró 300° pesos y se ingresaron a la caja misteriosa, en esos días llegó un hermano de mi papá que me pidió un par de mandados y que lavara su camioneta. Lo hice con mucho gusto porque a ese tío lo quiero de verdad pero además me dio un billete de 100° pesos que de inmediato fue a parar a la caja misteriosa. Mis padres protestaron por el enorme pago que mi tío me hizo pero ya era demasiado tarde el dinero no podía salir de su encierro.

La segunda semana le llegó un aumento a mis padres y se juntó la cuantiosa fortuna de 600° pesos y yo me gané 62.00 pesos en lavar carros a mis vecinos. A ese paso se compraría la computadora en la mitad del tiempo acordado. Era tanta la alegría del ahorro que mis hermanos propusieron hacer una rifa, vender pan de levadura que tan sabroso le salía a mi mamá, o hasta cantar en los camiones con tal de llegar a la suma necesaria.

Mi padre se negó rotundamente, todo se haría de acuerdo al plan.

Ya nadie dijo nada sobre como juntar más dinero, pero sí sobre la ventaja de cambiar los pesos por dólares, así que se reunió la familia y en presencia de todos se abrió la caja misteriosa y se sacaron 1,062° pesos en billetes de todos tipos. Entregamos el dinero al jefe y otro día llegó a casa con una enorme sonrisa y un hermoso billete verde, 100 dólares.

Todos lo vimos y nos miramos contentos. El billete fue entregado y sin pérdida de tiempo lo metí en la caja misteriosa.

Las siguientes 4 semanas se juntaron 1200⁰⁰ que correspondían a 300 por semana. De nueva cuenta se reunió la familia y se repitió el triunfo de ver caras alegres y otro billete de 100 dólares llegó al tesoro familiar.

Mi hermano llegó con la noticia impresa en hojas cuadrículadas, una gráfica señalaba, con una línea ascendente, el 50% de nuestro objetivo ya enmarcado con un futuro éxito. A mi hermana, que no le gustan las matemáticas, le salió un gritito de satisfacción y dijo algo que recuerdo perfectamente: —¡Oh rayos, que hermosos son los números!

Todo marchaba bien hasta la sexta semana pero a nuestro perro Perry se le ofreció enfermarse y durante 15 días necesitó médico y medicinas, no solo no ahorramos nada sino que hasta debimos pedir prestado porque necesitó operación ya que se había tragado unos huesos de pollo y uno de ellos le perforó el estómago y por poco muere.

La caja misteriosa estuvo a punto de quedar en ceros, lo cual no habría importado, amábamos mucho más que una computadora a nuestra pequeña mascota. Afortunadamente no hubo necesidad de mayores sacrificios y nuestro perro se salvó y también la caja.

Las semanas 7 a la 12 cooperábamos muy poco y teníamos miedo de sacar lo recaudado porque pareció estancarse todo, sin embargo nos armamos de valor y en reunión general observamos un aumento en seis semanas de apenas 25 dólares.

En esta ocasión mi hermana se atrevió a comentar, —¡Por eso no me gustan las matemáticas! Cómo admiro a mis padres, nos enseñaron que uno jamás debe rendirse. Además de animarnos se replantearon los nuevos tiempos y volvimos a empezar.

Las cuatro semanas siguientes se juntaron nuevamente esa medida que nos hacía triunfadores. Un billete de

100 dólares. Mi hermana se apuró a decir: —¡Como me gustan las matemáticas!, y todos reímos con el ánimo encendido. Mi hermano rehízo su gráfica y apuntó en la semana 16 el porcentaje de avance logrado ¡78.7%!.

Ya solo faltaban 3 semanas para conseguir un objetivo largamente buscado y la espera se hacía más difícil, la gráfica no avanzaba y mi hermana comentaba a menudo:

—¡Chispas! Por eso no me gustan las matemáticas.

Lo mejor ocurrió en la semana 17 cuando mi padre llegó del trabajo y nos reunió a todos para enseñarnos el producto de un préstamo, 75 dólares que completaban la suma de 400° para la compra de tecnología familiar y entonces todos a la vez exclamamos:

—¡Chispas! Por eso me gustan las matemáticas.

Ese mismo día entregué a mi padre, el cambio que tenía. Y luego de su regreso a casa nos mostró el cuarto billete de 100 dólares, que por ser jueves, no se podría comprar con calma el equipo pensado.

Abrí la caja misteriosa con esa llave tan celosamente guardaba y saqué tres billetes, junté el cuarto billete y doblé todos de manera que quedó un cuadro doblado y redoblado, apenas un pequeño bulto que no correspondía ni a las alegrías vividas ni al esfuerzo realizado y mucho menos a la, tan larga espera vivida.

Caminaba por la sala para poner la caja en el lugar de costumbre cuando resbale con un par de monos mal acomodados, la caja fue a dar a un rincón y yo quedé bajo la mesa de centro, junto al teléfono. Todos rieron a carcajadas porque la postura era grotesca y porque no me había lastimado.

Recogí la caja y revisé que nada le hubiera pasado. Estaba visiblemente bien, así que la coloqué donde siempre, arriba de una repisa de la pared y cerramos así, un ciclo de éxito y contento.

Finalmente se consumió la semana y llegó el sábado tan esperado. Frente a todos fui por la caja y trayéndola, la coloqué en la mesa donde estábamos todos listos a entregar el dinero a papá y a mi hermano quienes irían por la computadora a la tienda en la que ya hasta la habían apartado.

Para sorpresa de todos yo no podía abrir la caja y creo que hasta pensaron que estaba jugando. Mi padre se extrañó un poco y me pidió la llave para intentarlo. Batalló solo un poco y la caja se abrió. Me entregó la llave y la caja para que yo procediera y así lo hice.

¡El dinero no estaba! Abrí la pequeña puerta, esculqué en cada pequeño rincón y nada, me asusté y agité la caja y nada. Mi hermano hizo lo propio y tampoco apareció el dobladillo. Cada uno revisamos una y otra vez pero el dinero no apareció.

Fue tanto el desánimo que permanecimos callados mucho tiempo alrededor de la caja pero ninguno me dijo una sola palabra. Yo no sabía que decir, se me corrieron las lágrimas unas tras otra y luego estallé en ahogados sollozos pero no tenía una explicación para la caja extrañamente vacía.

Mi madre fue la primera en abrazarme, luego vino mi padre, enseguida vinieron mis hermanos mayores y nos fundimos en un abrazo familiar en el que participaron hasta el perro “Perry” y la bebé.

Mi padre dijo que empezaríamos de nuevo y que ahora otro se encargaría del dinero pero ya no había ni la alegría ni el ánimo que la primera vez. Durante dos largos años no tocamos el tema del dinero, de la caja misteriosa y ni siquiera de una explicación para lo ocurrido.

Aunque nadie me reprochó nunca lo ocurrido con el dinero yo sabía que internamente, aunque me querían como yo a ellos, pensaban algo que a mí me dolía y que a ellos los mantenía tristes.

Yo me refugié en el estudio, en los libros y en la creación literaria y fui muy buen estudiante, también me dediqué al deporte de las carreras y el atletismo pero cada tarde observaba la caja misteriosa buscando surgiera una explicación de lo que había ocurrido y que tanto daño hizo en mí y mi familia.

Hoy gané esa carrera y el premio fue una computadora mucho mejor que la que habíamos planeado. La entrego a la familia que está feliz con mi premio y aunque no hacía falta pido perdón con los ojos brillositos y mi familia comparte este momento conmigo.

Deseo destruir esa hermosa pero misteriosa caja que nos debe una explicación familiar y aunque es una reliquia, todos aceptamos su destrucción, porque parece que mantiene un freno a la total felicidad de cada uno. Parece que algo mágico está dentro de su mecanismo y que por dos años encerró un pedazo de nuestro espíritu en su estructura de caoba.

Con el martillo en la mano golpeo y golpeo pero no logro hacerle gran daño y mi padre con su poderoso brazo de constructor descarga el golpe terrible que hace saltar resortes y pedazos de madera fina.

Con azoro, estupor y enorme sorpresa todos vemos que debajo del mecanismo de la tapa, pegados a la madera y a los broches, ahí estaba el dobladillo de 4 billetes de 100 dólares.

Siempre estuvieron en esa caja misteriosa y con ellos capturada la alegría y tranquilidad de mi familia, tantas horas de angustia callada, de lágrimas escondidas y de vergüenza disimulada.

Nos vemos a los ojos y todos lloramos abrazándonos y pidiéndonos perdón por dos años de doloroso silencio.

Hoy respiro aliviado, la caja misteriosa ha sido destruida, la computadora llegó a la casa y he recuperado a mi familia.

LOCURA LITERARIA

Nadie ha visto jamás, una perla tan brillante y tan bonita, así dijo el pescador cuando encontró la ostra gigantesca entre las rocas, peces y un sin fin de pequeños moluscos. Con ella, por ser tan preciada, se podrá realizar el plan de construir la casa donde vivimos, pagaremos la deuda de la escuela y aliviaremos a esta niña que nació tan enfermiza.

Creo que hasta compraremos un pequeño perro para compañía de Rodiba.

Hacia tiempo que Yalosa escribía en un grueso diario y cada minuto crecía la historia sin fin. Aunque le dijeron que lo hacía muy bien, él se esmeraba en poner algo diferente pero en su mente y en su mano aparecían las mismas cosas y los mismos recuerdos. Junto con el equipo de niños investigadores quieren encontrar la solución al problema de la repetición que tiene a Yalosa en las cercanías de la locura.

El día de hoy agregó a su diario la pregunta de los *HU-HU* de los búhos y con ella llenó hasta 27 hojas por los dos lados. ¿Por qué los búhos hacen el sonido *HU-HU*? Al parecer la imaginación y la creatividad no aparecen por ninguna parte.

Cuando alguien se encuentra un tesoro cree que resolverá los problemas, pero no siempre sucede así, en realidad se agrega otra preocupación a las que ya se viven.

La perla tendría que ser vendida y no es tan fácil encontrar un comprador. En este mundo siempre hay personas pendientes de apropiarse de lo que no les pertenece y en esta ocasión (como en las novelas) también ocurrió. Rodiba estaba más enferma de lo que parecía y su debilidad apenas se disimulaba con sorbos de comida creo que ni con un hermoso cachorro vencería su tristeza y a la muerte que acechaba.

Yalosa parecía advertirlo y su capacidad de escribir (que había sido tan elogiada) se agotaba a velocidad de miedo ya que volvía a su diario y repetía lo mismo y lo mismo. Solamente soltaba su pluma para reunirse con aquel grupo de inteligentísimos niños que con rapidez increíble iban eliminando (con tarjetas organizadas) cada idea que no concordaba con la maldición de repetir la escritura que había hecho presa de su amigo.

Cuando la perla fue recuperada y perfectamente limpia, llevada ante el joyero del pueblo, se asombraron del precio que ofertaba por ella (nueve millones de pesos). Con ese dinero las cosas cambiarían radicalmente, pero ahí estaba también aquel sujeto que acechaba cada paso que la familia daba.

La visita a la clínica para atender a Rodiba los tenía tristes y asustados, una rara enfermedad de la sangre nunca atendida, podía provocar su muerte y hacían votos para que saliera del problema y salieran también del apuro familiar.

Yalosa escribía de nuevo una idea y la repetía en incontables páginas de su diario. Esta vez escribió:

El hombre de la gabardina con una cicatriz en el pómulos derecho tiene un anillo de piedra roja en la mano izquierda.

El equipo de infantiles investigadores apenas atinaba a razonar de donde vendrían tales ideas de locura de su amigo el escritor de cuentos y no podían imaginar el origen de su ya notable locura.

De pronto el hombre golpeó al pescador, aventó a Rodiba y arrebatando la perla de las manos del hombre caído, dirigió una mirada de odio a Yalosa y acto seguido se dio a la fuga. Yalosa fue tras él un par de calles más adelante hasta que lo perdió en un edificio abandonado y con un letrero que decía: *La guar...*

Rodiba se desmayó y fue trasladada de emergencia al consultorio del doctor y todo fue confusión y desorden. Ya no importaba nada que no fuera la salud de Rodiba. La perla se había perdido y todo parecía más negro que antes.

Yalosa volvió a su diario y escribió en 16 páginas seguidas, la frase completa: “La guarida del ladrón”. Sus amigos investigadores llegaron a la conclusión que no querían decir, Yalosa estaba loco de atar. Ya no tenía cura. Lo que escribía no tenía sentido y además repetía como enfermo.

El caos se apoderó de todos. La policía llegó a la pobre casa familiar y pedía pistas para encontrar al ladrón pero nadie podía aportarlas. Había un desconcierto total.

De pronto a Yalosa se le cayó el diario de las manos y en sus hojas que se movían por el aire pudo apreciarse lo siguiente:

Salvaré a Rodiba, salvaré a Rodiba, salvaré a Rodiba, salvaré a Rodiba...

*El hombre de la gabardina con una cicatriz en el pómulo...
El hombre de la gabardina con una cicatriz en el pómulo... El hombre de la...*

La guarida del ladrón, la guarida del ladrón, la guarida del ladrón, la guarida del ladrón.

El policía que buscaba pistas fue advertido por los niños investigadores y encontraron que el diario describía al hombre que recién había escapado de la cárcel de la ciudad y que se refugiaba en un lugar con el anuncio de “la guarida...”

Recuperaron la perla, pagaron al médico y las medicinas de Rodiba y cuando la familia encontró un poco de paz, Yalosa recuperó su lucidez y pudo volver a escribir de manera correcta en su diario.

El equipo había solucionado un enorme conflicto familiar y literario.

¿CÓMO HACEN LOS PÁJAROS?

Durante un paseo por el parque “de los perros”, cercano a nuestra casa, mi hijo y yo caminábamos sin mucha determinación de algo sobresaliente cuando, desde sus cuatro años de edad pudo percatarse de la forma en que un pájaro, en la rama de una Lila, lanzaba un chisguete de su líquido excremento.

Se acercó al despojo que ensuciaba el suelo y su asombro fue mayúsculo cuando vio que era blanco perfecto. Volteó a verme y comprometió mi ciencia cuando lanzó la pregunta aparentemente simple: —¿Por qué hizo blanco?

Yo tenía para ese tiempo, bastante cuidado de no darle mucha oportunidad a sus profundas dudas por la condición casi inagotable de interrogantes que le surgían con cada respuesta. Así que de inmediato contesté: —Por lo que comen.

Pero era demasiado tarde, él ya tenía la siguiente. ¿Qué comen que sea blanco? y la siguiente ¿Todos los animales que comen eso hacen de color blanco? y la siguiente ¿Cuáles otros animales hacen blanco? y muchas siguientes. Afortunadamente su mamá gritaba desde la puerta de la cocina un salvador llamado a comer.

Eso me daría tiempo de leer sobre ornitología, alimento y desarrollo de las aves, el sistema digestivo de los pájaros, y en fin, las cosas de relación con el nuevo tema de interés de mi preguntón hijo.

Pude enterarme de que no hay muchos animales que hagan color blanco, que apenas un 1.3% del color de la alimentación tiene que ver con el color del desecho orgánico de los animales, que apenas los herbívoros convierten el color verde de la hierba que ingieren en boñiga verde pero ni siquiera con un significativo parecido por los procesos químicos de oxidación estomacal.

Supe también, que no es tan fácil simplificar las preguntas por un decreto de autoridad o por una declaración de ignorancia con el ino sé! automatizado para frenar la ciencia infantil. Pude entender, de nuevo que le debía un verdadero esfuerzo de explicación liberadora para cada una de sus precisas dudas.

Con mi hijo pude recrear lo que muchos pequeños observan, cuestionan y desarrollan, con él reinventé mi propia claridad del mundo que permanece oculto por la adultez, con ese constante sentido de resolver mi personalísima circunstancia como científico.

Ahora soy consciente de que la alimentación es apenas una variable que podría tener relación con el color de su fertilizante pero que puede haber, y de hecho los hay, otros elementos que tienen mayor peso relativo con la apariencia del tema en cuestión.

Lo bonito es que mi hijo aún cree lo que le digo y que la pregunta más motivante para mi propia investigación sigue vigente entre su inocencia y mi aparente profundidad indagadora: —¿Y tú cómo sabes las cosas que me dices?, —porque me obliga a la precisión y a la búsqueda de la verdad hasta hoy publicada y demostrada.

A veces salgo pronto del problema, a veces me enredo en palabras que no tengo tan claras como quisiera y a veces, como ahora, lo escribo para hacer un mejor análisis de esos hechos irrepetibles pero comunes en la niñez.

Los verdaderos problemas científicos se parecen bastante a los cuestionamientos infantiles, son inmediatos

puesto que surgen de la necesidad humana de saber pero no pueden ni deben responderse irresponsablemente desprovistas de un soporte científico.

Mi hijo me ha enseñado que una buena pregunta respondida con lógica de la ciencia, sin importar tanto el nivel de verdad como el proceso metodológico, es liberadora porque produce satisfacción al planteamiento problemático y es contundente para el desarrollo de habilidades del pensamiento.

Convierte al emisor de la pregunta y al responsor en socios, en el equipo que elimina problemas sociales, en la estructura que puede aportar elementos al discurso científico y en fin, en el cuadro humano que comparte la satisfacción de aprender.

LA EDUCACIÓN DE CALIDAD

Uno de los problemas que más se mencionan en nuestro tiempo es el de la educación de bajo nivel que los niños de México están recibiendo y de lo que implica para las siguientes generaciones de ciudadanos no sólo en el país que habitamos sino del mundo entero.

Se habla de personas que no aprenden el lenguaje de la naturaleza y por tal motivo no pueden cuidarla, generando así, un sentido ecológico pobre o mal encaminado; que tarde o temprano acabará con la tierra.

También es común escuchar en los medios de comunicación, que los valores como el respeto, el amor a la familia, la observación de la ley y la tolerancia, si no se han perdido, por lo menos están cambiando peligrosamente hacia un estilo de defensa de todos contra todos.

El uso indiscriminado de los instrumentos de tecnología de la comunicación de los últimos tiempos, tales como computadoras, tabletas y teléfonos inteligentes; nos han metido en un ritmo de gasto y de relación con el comercio, que parece nunca terminar, pero también agotador de la conciencia humana, que rápidamente arrastra a niños, jóvenes y adultos hacia una automatización de alto riesgo.

Y la muestra más grande de este desorden parece salir de la forma en que la escuela está educando a sus estudiantes. Los exámenes mundialmente aceptados arrojan resultados desalentadores en matemática, español y ciencias,

pero de manera asombrosa se nota un alto impacto en la niñez por su notable facilidad de manejo de afectos digitales y tecnológicos.

Tal parece que mientras aumentan las facultades para manejar una computadora, también disminuye el aprecio de los niños por la naturaleza, la familia y las acciones de cuerpo presente. Es como una partición de la sociedad en más de un grupo, los que usan la tecnología y se esclavizan en ella, los que no se dejan dominar por los robots y usan los libros y se integran a la naturaleza y un último grupo que permanece entre los dos anteriores, aprovechando los inventos pero también defendiendo su entorno ecológico.

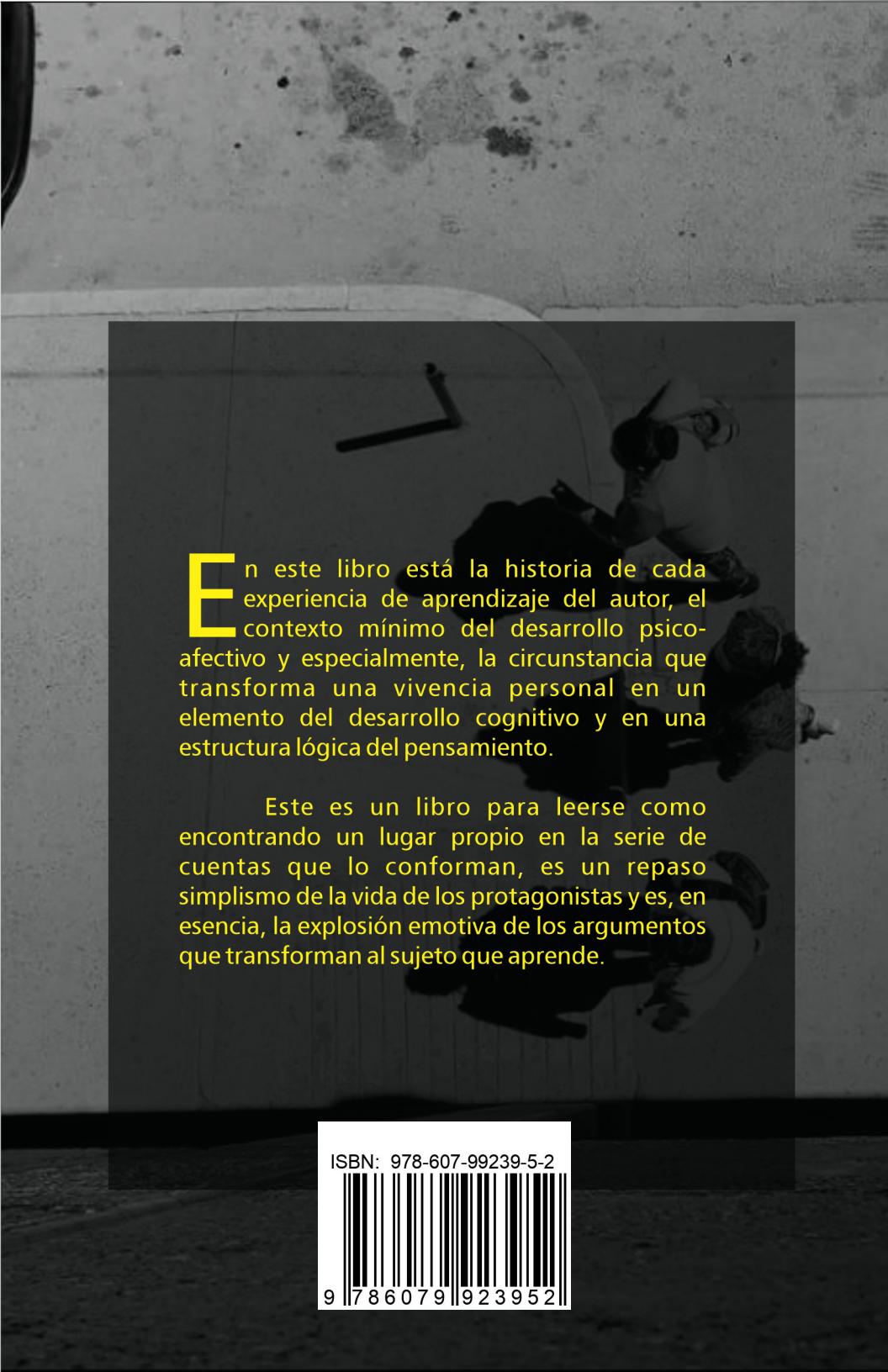
La educación en las escuelas es buena pero puede ser mejor, los seres humanos aún tenemos la tendencia a protegernos uno a otros, pero hace falta que la ley la impongan los libros y la ciencia, y los adultos nos guíen por el camino del conocimiento de las cosas positivas y valiosas de la vida.

Nos hacen falta menos políticos y más educadores, menos tabletas y más comunicación, menos dinero y más valores, menos libertinajes y más respeto.

La educación nunca ha perdido su calidad, los que la recibimos la hemos calificado siempre desde distintos puntos de vista.

Aprendizajes

Se publicó el 5 de octubre de 2021 en el
portal institucional www.upnech.edu.mx



En este libro está la historia de cada experiencia de aprendizaje del autor, el contexto mínimo del desarrollo psicoafectivo y especialmente, la circunstancia que transforma una vivencia personal en un elemento del desarrollo cognitivo y en una estructura lógica del pensamiento.

Este es un libro para leerse como encontrando un lugar propio en la serie de cuentas que lo conforman, es un repaso simplismo de la vida de los protagonistas y es, en esencia, la explosión emotiva de los argumentos que transforman al sujeto que aprende.

ISBN: 978-607-99239-5-2



9 786079 923952